

ALONSO
IBARROLA
RELATOS



ALONSO
IBARROLA
RELATOS

4

**ALONSO
IBARROLA
RELATOS**

4

© Alonso Ibarrola

Primera versión en formato libro electrónico: mayo de 2013

ISBN: 84-245-0672-3

Cubierta y realización: Tantamount

Edita: Tantamount

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Contenido

[Prólogo de Cristina Vizcaíno](#)
[Por mi grandísima culpa](#)
[Historias de la vida cotidiana](#)
[El tornillo](#)
[Matar un pájaro](#)
[Queridos, adorados hijos](#)
[Volando hacia Londres](#)
[Los justicieros](#)
[Masaje cervical](#)
[Vacaciones en familia](#)
[Una boda](#)
[Primera comunión](#)
[La residencia](#)
[Lecciones en vídeo](#)
[La duda](#)
[Atasco](#)
[Viajes ilusionados](#)
[El golpe](#)
[La juerga](#)
[Agencia matrimonial](#)
[El submarinista](#)
[El timo de la lotería](#)
[La asistente social](#)
[¿Qué será del “gaviota”?](#)
[En el metro](#)
[Artrosis y masajes](#)
[Relatos en primera persona](#)
[Un amor imposible](#)

[El rincón de los separados](#)
[Ropa vieja](#)

Prólogo

Un hombre se separa de su mujer y a partir de ahí su vida cobra un ritmo aceleradísimo. Tiene que vérselas con peligrosos navajeros, con un sacerdote que resulta ser un impostor y con un psicoanalista que le encierra en un manicomio. De allí logrará salir para ir a estudiar bel canto a Milán, pero terminará en Roma envuelto en una intriga aún mayor entre un policía, un pintor y su amante. Aunque quizá esta historia haya ocurrido hace tiempo y se llame Tosca.

Pero si seguimos a este extraño personaje podremos entrar en un confesionario o tumbarnos en un diván y oír las más hilarantes confidencias. Podremos pasearnos por un manicomio y conocer muchas historias de locos que nos llevan a reírnos de los que están sanos. Y las historias de amor hasta las más clásicas y trágicas se convertirán en una sucesión de escenas cómicas. Esta es la subversión a la que nos lleva este libro de HUMOR.

CRISTINA VIZCAÍNO

**POR MI,
GRANDÍSIMA
CULPA**

Sucede con las mujeres que no nos quieren como con los seres “desaparecidos”: que aunque se sepa que no queda ninguna esperanza, siempre se sigue esperando.

A la sombra de las muchachas en flor (Marcel Proust)

Un sofá y un confesionario

“He sido yo, en defensa propia”. Estas fueron las primeras palabras que pronuncié en la Comisaría de Policía, ante un paciente inspector. Me pidió que esperara un momento. Llegó el oficial de guardia, introdujo varios impresos en una máquina de escribir, un tanto anticuada, me pidió la filiación completa y, a una señal aprobadora de su cabeza, empecé. “Regresaba esta tarde a mi casa, en mi coche, tras un día de trabajo intenso. Estaba cansado y de mal humor”. “Al grano”, me interrumpió el comisario. Insistí en que mi estado de ánimo era muy importante ser tenido en cuenta, como comprobaría más tarde. Influyó, insisto, muchísimo en mi posterior comportamiento. Quizás en otro momento, otro día cualquiera, me hubiera asustado al ver surgir ante mí las figuras de los muchachos esgrimiendo sendas navajas en la semipenumbra del garaje. Ignoro cómo entraron. No hay vigilantes ni guardas, pero las puertas se abren solamente con llave propia, automáticamente. Aprovecharían algún descuido. El hecho es que estaban allí... Yo, vuelvo a repetir, estaba de mal humor. Cosas del trabajo, la familia, la mujer, los hijos... El hecho es que les dije, mejor dicho, les grité: “¡Hijos de la gran p...! Venid aquí, uno por uno, que os voy a matar!”. Instintivamente se echaron hacia atrás, con las navajas apuntadas hacia mí. Loco de rabia y furor me quité la gabardina, la chaqueta, los pantalones, la camiseta, los calzoncillos, los calcetines, la faja del reuma —ellos me miraban atónitos— y en escasos minutos me quedé totalmente en cueros. “¡Matadme —les dije— de prisa, vamos, pero no fallar, porque luego me toca a mí... y pienso mataros a los tres! ¡Y espero averiguar la dirección

de vuestros padres, de los abuelos, de los hermanos, de toda la familia, necesito matar a todos los de vuestra calaña, cabrones, maricones, hijos de la gran puta!”. No reaccionaban y yo cada vez me enfurecía más. Me abalancé sobre uno de ellos. Los otros dos echaron a correr. No sé lo que hice. Lo arrojé por tierra, lo agarré por el cuello, golpeé su cráneo contra el cemento del suelo, cinco, diez, veinte veces, le salía sangre por la nariz, en abundancia. Luego, recordando la presencia de los otros dos, lo dejé en paz, tendido. A primera vista no se veía a nadie. Blandía la navaja de mi primera víctima. En ningún momento llegué a pensar que podía estar muerto. Estaba seguro de que sus compañeros se ocultaban entre los coches aparcados. Les conminé a salir, a voz en grito, a que lucharan de hombre a hombre... Inútil. De repente vi una figura junto a la puerta de salida. Trataba de forzarla, de huir, de salir de allí, pero no daba con el mecanismo. Proferí un grito de triunfo y el muchacho se volvió, aterrorizado. Dejó caer su navaja. Me acerqué a él a la carrera y de un salto clavé la navaja en su estómago. Se derrumbó como un guiñapo, sin emitir gemido alguno. Me costó esfuerzo recuperar la navaja, porque se la había clavado hasta la empuñadura. Repetí la operación varias veces. Mi ira y mi mal humor no se aplacaban. En ese mismo instante sentí un dolor agudo en un costado. El tercero en discordia me había atacado por la espalda. Me volví hacia él. Había tenido suerte, sólo tenía un pequeño rasguño. Empuñé de nuevo la navaja y quedó petrificado. Mi mirada y mi actitud le aterrorizaban, sin duda alguna. Lentamente se puso de rodillas y comenzó a musitar: “Por favor, no me mate. Se lo ruego...”. Poco más pudo decir. De un tajo lo degollé. Me manchó el traje y su sangre salía a borbotones. Le saqué un ojo y luego el otro... no sé cuántas cosas más llevé a cabo, cosas que a fin de cuentas sirvieron para aplacarme. “Esa gente, señor inspector, abusa de nuestra paciencia, de nuestra buena fe, de la buena voluntad de ciudadanos pacíficos como yo. Que tengan cuidado, porque podemos perder la compostura. Me comprende, ¿verdad?”. Fueron muy amables. Tomé la taza que me ofrecieron y me sentí tranquilo. Tuve que esperar

una hora aproximadamente. Temía que estuvieran comprobando mi declaración en todos sus puntos y detalles. Me comunicaron —en la voz del inspector había cierta decepción— que en el garaje no había ningún cadáver, ninguna traza, señal, rastro de lucha, desorden o anomalía alguna. Me mostré confuso y perplejo. “¿No se habrán equivocado de garaje?”. El inspector amablemente me agarró del brazo y me invitó a irme a casa. “Descanse, tranquilícese, si hubiera alguna novedad ya le llamaríamos”. No dije nada a mi mujer ni a mis hijos, que además me prestaron muy poca atención, ya que estaban viendo una película en la televisión. A solas en el dormitorio, comprobé una vez más que, desgraciadamente, me faltaba la cartera, el reloj de pulsera y el anillo de oro nupcial. No podía conciliar el sueño y me hice el dormido cuando oí que mi mujer se acercaba tras haber finalizado la programación televisiva. Ella no debía saber nada. ¿Cómo explicarle que tres muchachos imberbes, blandiendo unas pequeñas navajas, me habían robado en el garaje, que no había dicho palabra alguna ni opuesto resistencia alguna y que me oriné? ¿Por qué la Policía tiene que comprobar tantas declaraciones? ¿Es que no tiene que hacer otras cosas más importantes? Y seguramente pensarán que estoy loco... ¿Usted qué cree, doctor? Bueno, no me mire así. Se acabó. ¿Qué le debo?

“Ave María Purísima”, dije, y cuando el confesor iniciaba la tradicional respuesta “sin pecado conce...” le interrumpí con brusquedad. Lo reconozco, no debía hacerlo, pero tenía prisa, cientos de cosas por hacer, cientos de asuntos por resolver y había estado esperando largo rato. Además, había muchas personas en torno al confesionario, aguardando turno, y tales situaciones me ponen violento. Con usted es distinto, doctor, porque yo pedí hora y día a su secretaria, y cobra sus honorarios, a tanto la hora. ¡Y bien que me cobró la primera consulta! Bueno, a lo que iba, perdone, yo dije: “Le pido excusas por la interrupción. Ya sabemos todos que concibió sin pecado. Pero yo hace

treinta años que no me he confesado...”. El confesor no pareció inmutarse y me preguntó cuántas personas van todos los días a un confesionario y dicen así, de repente, lo que yo le dije. También reconozco que me puse nervioso por culpa del órgano. Sonaba muy fuerte y el confesor, deduzco, no me había oído. Tuve que elevar la voz y temí que los penitentes que aguardaban turno me oyeran. “¿Cuántos has dicho, hijo?”. Yo volví a repetir: “¡Treinta!”. Tampoco me oyó esta vez y repetí: “¡¡Treinta!!”. De repente cesó de sonar el órgano y en el recinto del templo se oyó claramente mi tajante respuesta. Abandoné sin dilación el confesionario y juraría que algunas beatas me miraron con ojo inquisitivo al abandonar el mismo. ¿Qué se puede deducir de una simple cifra? Y si hubiera dicho “tres” ¿existiría alguna diferencia en su apreciación y consideración de los hechos? Hay números mágicos, ciertamente, y ellas me miraban como si fuese un vicioso, un maníaco sexual. Escuche, doctor, usted quizás me comprenda. Yo acudí, así de repente, porque siento que mi vida se acaba y que cualquier día... Algunos días me levanto y creo en Dios, otros no y comprenderá que estas cosas no se pueden decir en un confesionario. Sería una provocación de mal gusto. Creo, no creo, creo... Y me pregunto: “¿Qué pensaré ese día?”. He oído un pitido. ¡Ah, su reloj! ¿Ya han pasado diez minutos? ¡Dios mío, procuraré darme prisa! Perdona, me preocupa esto: ¿hay otra vida? No le pido una respuesta, doctor, porque supongo que será tarifa aparte. Cuando creo en Dios, cuando decido asumir que hay otra vida me suelo también preguntar: ¿Cómo conecta Dios con ese señor que se sienta en el confesionario unas cuantas horas todos los días? Los sacerdotes dicen que estamos en manos de la Providencia. ¿Todos? Albergo mis dudas... Un amigo nos dice un día “me siento mal” y luego resulta que tiene cáncer de pulmón. Él no lo sabe, sigue fumando, pero su mujer sí. Riñen, discuten, un infierno de vida. El silencio acordado con el médico y la tensión cotidiana de tanta disputa, reprimida en sus definitivas palabras, provoca en la mujer, al cabo de varios meses de torturante silencio, una justificada demacración de su

rostro. Mi amigo, llegó a confiarme, temía que su mujer tuviera cáncer de mama, de matriz... “¡Se oyen tantas cosas!”, me susurró al oído.

Quizás sean tonterías lo que le estoy contando, doctor, pero también quiero decirle que he abandonado mi hogar. Vivo en una pensión modesta, pero a pesar de todo tendré que buscar otra solución porque me resulta cara. ¿Cuándo se empieza a querer, cuándo se deja de querer, cuándo se empieza a odiar? No hay un instante, sino miles de instantes, que al final definen una actitud. Nos prometimos amor eterno, nos unimos para lo bueno y para lo malo, para el resto de nuestras vidas, pero el día en que el odontólogo me diagnosticó “tiene usted piorrea” dejó de besarme. ¡Putá! “Todo irá bien”, me dijo, y me sometí a una breve intervención quirúrgica, con cierta aprensión. Y si ahora me diera por creer que hay otra vida, ¿cómo voy a contar todo esto a ese cura sordo? “Padre, me acuso de haberme sometido a una vasectomía...” Seguro que suena el órgano en ese momento, seguro que no me oye. Tendría que repetir más alto: “¡Vasecto-mía!”, y de nuevo aclararle, a voz en grito: “¡Sodomía no...! ¡No he dicho sodomía...!”. ¡Y qué vergüenza, doctor, qué vergüenza, recorrer después esos metros que me separan de la puerta de acceso a la calle!

Yo quiero a mi mujer, pero ella no me quiere a mí. Creo que es por culpa de mi eyaculación precoz. ¿Y no será que ella es frígida? Un confesor no comprendería estas cosas, ¿verdad? ¡Qué sabrán ellos de clítoris y vagina...! Un idiota, un auténtico idiota es lo que he sido yo. Porque, a fin de cuentas, al que excomulgaron fue a mí. Tengo entendido que la Santa Madre Iglesia no se anda con rodeos en estos casos... Oigo otro pitido. ¿Es la hora? Se acabó. ¿Qué le debo?

“Ave María Purísima”, volví a formular, esta vez al sacerdote de un confesionario diametralmente opuesto al de mi fallida confesión anterior. No tengo prisa. Una dulce calma invade mi ser, una relajante tranquilidad inunda mi alma —a veces me pregunto si el alma tiene ojos o

simplemente escucha— y estoy dispuesto a afrontar, uno por uno, los diez mandamientos. Por otra parte, y esto me tranquiliza, nadie guarda turno tras de mí. Pero el sacerdote parece estar nervioso y me urge. “Deprisa, hijo mío, me esperan... tengo que officiar”. No supe de repente qué contestar. “¿Son todos del sexto, hijo?”. No recordaba haber matado a nadie y tuve que reconocer que algunos de mis pecados hacían referencia al sexto mandamiento. “Bien, hijo, te arrepientes de todo, ¿verdad?”. No me dio tiempo a formular objeción alguna porque comenzó a rezar y a darme la absolución. “Yo te absuelvo...”. Volvió a consultar su reloj y para cuando quise darme cuenta corría presuroso camino de la sacristía....

Comprenderá, doctor, que yo necesito algo más que el perdón de los pecados. Quiero que alguien me escuche con atención, aunque sea pagando, y no se ofenda. Nadie escucha a nadie. Usted me propone ahora un sistema que no me inspira mucha confianza, aunque reconozco que resulta muy cómodo para usted y los pacientes. Cada cual en su casa, tumbado en un diván, en un sofá, en un sillón, en el baño, si se tiene un teléfono cercano —he visto películas en las que algunas actrices de Hollywood tienen un teléfono en el baño— se marca el número de teléfono convenido, y al oír la voz que invita a iniciar la “confesión”, tras el pitido correspondiente, se comienza a hablar. Estupendo para los que tienen teléfono en su vivienda... pero ¿yo? ¿qué puedo hacer yo que vivo en una modesta pensión, porque mi sueldo no me llega para más, descontando la mensualidad que debo pasar a mi mujer y a mis hijos, tal como me indicó el juez? Me veré obligado a llamarle desde cabinas telefónicas callejeras, echando monedas, tratando de no interrumpir mis confesiones mientras algunos, fuera, lanzan furibundas miradas. Para este tipo de consultas ¿no sería posible obtener algún tipo de descuento por parte de la Compañía Telefónica? También la Seguridad Social podría abonar parte del gasto. Bastaría un certificado suyo. Perdone que insista en este prosaico tema, pero es que

todavía recuerdo el importe de la primera consulta. Aquella noche, doctor, no pude conciliar el sueño por culpa de sus honorarios...

Doctor, ¿me oye? Haré caso de su sugerencia. Le dejo grabado un mensaje telefónico. Es domingo, doctor, y es terrible la soledad... Cuando veo a otros padres, separados de sus esposas, felices los domingos con sus hijos en los restaurantes —¿qué hacen ellas ese día?— y pienso en las grandes discusiones que mantenía yo con los míos cuando pedían dos platos caros, ¿lo entiende, doctor?, dos platos caros y luego no los terminaban. Dejaban medio escalope, pero luego, eso sí, doctor, pedían postre, tarta al whisky y cosas por el estilo, y yo les decía: ¿Pero creéis que vuestro padre es rico?, ¿qué os ha contado vuestra madre? Luego, se aburrían con las películas que elegía. Me turban, doctor, las escenas amorosas contempladas junto a mis hijos. No lo puedo evitar. Dejaron de salir conmigo. “Compréndelo”, me dijo mi mujer por teléfono, “es tu carácter”..., y como no quería oír más reproches, colgué. Y hoy, mientras paseo en solitario, he visto la cabina telefónica y he querido plantearle una duda que amarga mi vida... ¿Hay mucha diferencia entre la postura de quien, como yo, se ha mantenido al margen de todo, sin empeñar mi ética, y los que creen que nuestra sociedad tiene que ser como ellos creen que tiene que ser y nos la imponen? Se dice muy fácil: creo esto, pienso lo otro, pero hay personas que toman nota de todo y más tarde te lo recuerdan y te pegan un tiro en la sien, en la nuca... He visto, he visto muchas cosas en esta vida y me han contado otras muchas. Nos engañan, nos mienten. Aquel fraile educador de nuestra juventud ponía los pelos de punta leyéndonos párrafos de un libro que recomendaba mucho. “Cada masturbación es una gota de sangre”. Y todos sumábamos mentalmente los litros de sangre que podían haber huido ya de nuestras venas. Deberíamos habernos convertido en esterillas de piel humana. Miraba a mis compañeros y diría que, sin embargo, sus rostros estaban sonrosados. Ahora, algunos doctores americanos sostienen que la masturbación es

saludable para el corazón, que hay que masturbarse todos los días. Creo que exageran, la vida es renuncia, por lo menos así me lo hicieron ver a mí. Vi morir a mi padre y no lo olvidaré jamás. El sacerdote trataba de empujar hacia su garganta la hostia consagrada y casi en el estertor, convertida en un amasijo, volvía con una arcada al exterior. En ese instante le dije: “Padre, tú y yo tenemos que hablar en la otra vida, si es que hay otra vida. Dentro de poco lo vas a saber...” Me miró con sus ojos, grandes como platos, y así se quedaron. Me pregunto si me oyó... ¿Usted qué cree?

Adiós doctor, ya sé que usted no está para dar respuesta a tantos dilemas, pero por lo menos le servirán para configurar mi carácter, supongo...

“Ave María Purísima”, afirmé con convicción en el confesionario de una iglesia situada a una decena de kilómetros de la anterior, escenario de mis dos fallidas tentativas. No obtuve respuesta alguna tras la rejilla, pero proseguí: “Padre, en ciertas ocasiones me asalta una curiosidad: ¿qué hacía Cristo entre parábola y parábola? Me explicaré mejor, padre. Cuentan los Evangelios que llegó Jesús a la ribera del mar de Galilea, que subió a la montaña, se sentó y curó a ciegos, cojos, sordos y mancos. En otra ocasión, afrontó la cuestión de los fariseos sobre el tributo, y más tarde, la cuestión de los saduceos sobre la resurrección. Yo lo que quiero saber es: ¿QUÉ HACÍA ENTRETANTO...? ¿Me ha entendido?”... Tras unos instantes de silencio, comprobé que el confesionario estaba vacío. ¿Por qué no hacen los curas algo para evitar estas cosas? No sé, podrían instalar en el interior de los confesionarios unos magnetófonos para que los fieles pudieran confesar en cualquier momento, algo parecido a lo que hace usted, doctor, en su consulta. En caso de ausencia prolongada, de vacaciones y teniendo en cuenta la grave crisis de vocaciones, hasta podrían indicar la penitencia adecuada para cada caso, para cada falta, pecado mortal, pecado venial... Con un

ordenador, un cerebro electrónico o algo parecido podría muy bien conseguirse. Cada transgresión tendría la respuesta adecuada. “He cometido adulterio en cinco ocasiones”. Y la máquina responde: “Cinco mil avemarías” o “quinientos rosarios”. “He matado a mi madre”... No sé, la máquina podría calcularlo perfectamente. ¿Qui-nientas mil avemarías? ¿Son pocas? ¿Me quedo corto? ¿Un millón? ¿Un millón de millones? Basta. No perdamos el tiempo en cálculos matemáticos. Tendría que introducir otra moneda, pero ya no dispongo de más. Me han dicho que con un hilo y una moneda se puede conseguir hablar todo el tiempo que se quiera...

Doctor, tengo una moneda colgada de un hilo y da resultado, como puede apreciar... Ante todo, quiero comunicarle que he donado todo lo que se puede donar. Ojos, riñones, cerebro... Pueden quedarse con todo. No me importa que despedacen mi cuerpo, que me destripen, que me abran en canal... Ya no sufriré. ¿Sabía usted que a muchas personas las entierran vivas, considerando que están clínicamente muertas? Un doctor francés investigó en numerosos cementerios y vio ataúdes por dentro. Las tapas estaban arañadas, encontró uñas clavadas en la madera del cajón, dedos consumidos, cuerpos retorcidos... Y es que en los hospitales, en las clínicas, lo hacen todo deprisa y corriendo. Y si uno muere en casa, los familiares sólo se preocupan del tinte, de las velas, de las esquelas. Como en los aviones. Cuando van a despegar, más vale gritar, por si acaso: “¡Esa puerta!”, porque algunas veces las dejan abiertas...

Me veo en la obligada necesidad de escribirle, doctor. La última llamada telefónica me ocasionó muchos problemas. Dos policías me descubrieron en el interior de la cabina con la moneda y el hilo, y me condujeron a la Comisaría. Lo confesé todo. Odio la tortura. Estoy preparado para un tirón de orejas, para una bofetada, dos quizás... pero nada más. Estoy seguro de que me hubieran torturado de no haberlo

confesado todo. Cuarenta y nueve asesinatos en dos meses. Este es mi récord. Violadas previamente todas ellas. Ahora están excavando en los lugares que les he indicado. Mi madre se llevará un disgusto porque le van a destrozar su jardín. Pero se enfadará mucho más cuando no descubran nada. Ella siempre ha creído en mí y sostenía que haría algo grande... Reconozco mi fracaso. Unos nacen para verdugos, otros para víctimas. Me temo que pertenezco a esta última categoría.

Y hablando de víctimas, siempre me llamó la atención una curiosa tortura china. Introducen a la víctima en una gran vasija o tinaja, llena de aceite, que le llega hasta el cuello. Allí la tienen sentada, reclinada, le dan de comer, de beber, hace sus necesidades en la vasija, durante días y días. Pasado el tiempo necesario, que un experto dictamina tocando y palpando las carnes, es liberada de su inmersión. La tarea para el verdugo es delicada: despojar al torturado de sus carnes, blandas como la manteca, respetando venas, músculos y órganos vitales. Con pericia y habilidad se consigue que la víctima continúe viviendo, despojada de su carne mortal. Me pregunto qué clase de aceite utilizarán para la experiencia. Se dan tantas mixtificaciones, se producen tantas adulteraciones...

¿Ha probado, doctor, alguna vez a escribir una carta dirigida al “Señor juez”? Impresiona, ciertamente. Resultaría menos embarazoso iniciarla con un “Mi distinguido amigo”. Crea menos violencia en quien la escribe. ¿Y por qué hemos de escribir a los señores jueces solamente cuando decidimos quitarnos la vida? ¿Es que, por ejemplo, no cabe la posibilidad de escribirles cuando descubrimos que somos auténticamente felices? Yo soy feliz, y quisiera que lo supiera el señor juez. Soy feliz en mi soledad, en mi desgracia, en mi pobreza, en mi vacuidad. ¿Signos evidentes de masoquismo? No seré yo quien responda. Sé de muchos que aman al prójimo por amor a Dios. Pero ¿cuántos aman al prójimo simplemente por amor al prójimo? Siento

tener que confesar, con cierto rubor, desde luego, que lo estoy consiguiendo...

Me veo en la triste necesidad de entregarle estas líneas personalmente en el buzón de su consulta. No puedo gastar mi escaso dinero en franqueo de cartas. Lo siento, pero estoy sin dinero y no podré pagarle por ahora. He perdido mi empleo. Después de veinte años trabajando en la misma empresa me han despedido. Un despido fulminante. Y todo por un momento de ofuscación, sí, o-fusca-ción, ésta es la palabra exacta, la palabra que pronuncié ante el director general. Pero fue inútil. Ella chilló, gritó como una histérica. Todo lo eché a perder en unos segundos, la estima de mis compañeros, la consideración de mis jefes. Veinte años de puntualidad y eficacia echados por la borda. ¿Han sido injustos conmigo? Algunos aseguran que sí, que debería ir a los tribunales, que la razón está de mi parte... Pero si voy a los tribunales, los periodistas podrán enterarse de todo y publicarlo. Y aunque pusieran —que no lo harían, estoy seguro— solamente mis iniciales, mi mujer y mis hijos terminarían por enterarse. Quizás, si el juicio se celebrara a puerta cerrada... Pero seguro que se oiría todo desde fuera. Porque a ella, a la muchacha, le dirían que lo contara todo. Y lo contaría, y chillaría nuevamente. Porque chilló muchísimo. Esa muchacha tiene un grito agudo, penetrante, me consta. Logró que acudiera todo el personal. Ella estaba en el servicio, en los servicios de mujeres, y yo en el de hombres. ¿Qué me impulsó a subirme encima de la taza del inodoro y mirar por la cristalera, al otro lado? No sabría explicarlo jamás... Era la primera vez que lo hacía. Y ella chilló, chilló mientras trataba de bajarse la falda cuando descubrió mis narices aplastadas en el cristal. No sucedió nada más, doctor, se lo juro. ¿Cómo me ganaré la vida de ahora en adelante? No tengo valor para permanecer en una esquina, con el brazo extendido y la mano abierta, solicitando una limosna. Algunos mendigos son monótonos en sus peticiones callejeras. Todos los carteles que escriben dicen lo mismo y

los transeúntes terminan por aburrirse y pasan indiferentes. Tengo una idea. No expondré problemas personales, ni situaciones angustiosas. Un cartel, renovado cada día, indicando el título del espacio más interesante que la televisión emitirá por la noche, así como su hora de proyección y el canal. Sería algo útil, provechoso y llamaría la atención. Un cartel que diga, más o menos: "Hermano, estoy sin trabajo y sin televisor. Esta noche no podré ver la película tal y tal, protagonizada por fulano y zutano... y usted sí. Ayúdeme, por favor". ¿Les conmoverá? Temo que aprieten el paso para llegar a tiempo y no perderse el comienzo del film anunciado.

No creo, doctor, que estas líneas las pueda recibir sin enmienda ni tachaduras. Me aseguran que la censura es muy férrea, aunque nadie ha sabido aclararme qué ocurre con las faltas de ortografía.

Cuando fueron a buscarme a la pensión no estaba, pero me esperaron. Eran dos policías; me llevaron primeramente a la Comisaría, luego ante un juez y más tarde a la cárcel. Es cierto que no he pasado ninguna asignación económica a mi mujer, pero bien sabe ella que no tengo un céntimo. Le dejé todo, se quedó con todo: la casa, el chalet, el coche, las joyas, los libros, los discos, la vajilla, los valores y acciones de Bolsa, los hijos. Sólo me llevé una maleta con ropa. Quería solamente empezar una nueva vida y aguardar con serenidad la muerte. Alguien dijo que todos estamos de antemano condenados a muerte y que la vida no es más que una espera del momento ignorado de la ejecución. Todas las noches duermo ojo avizor, porque he visto muchas películas y sé cómo suceden estas cosas... por lo menos en América. De repente se abre la puerta de la celda y aparecen los guardias, un capellán, el director de la cárcel... Te ofrecen antes un buen menú, y yo lo tengo ya pensado. Agua mineral sin gas, desde luego. No me veo eructando en la cabina de cristal, ante los ojos de los curiosos, mientras me colocan esos aparatos para la descarga eléctrica; o esperando a que salga el gas...

“Ave María Purísima”, le dije al capellán de la prisión, que me miró con asombro. No creo que esté muy acostumbrado a que los presos se confiesen. Esta vez afrontaba la confesión con decisión. No era culpable, doctor, sino la víctima... Le decía en mi carta anterior que dormía ojo avizor, y le aseguro que ya no me hace falta ver más películas americanas... No ocurre todas las noches, pero ocurre. En mi celda, en la puerta de mi celda, hay una cruz marcada con tiza. Ya no puedo pagar mi impunidad personal y abusan de mí. Son tres o cuatro, y me desvelan. La primera vez, la primera noche, mi grito fue profundo y desgarrador. Pensé que algo se rompía en mi interior. El capellán me preguntó si había sentido algún placer en alguna de las ocasiones. Puede usted suponer que me levanté con dignidad del reclinatorio y me fui lo más aprisa que pude, mordiéndome los labios, porque las heridas, los roces y quizás alguna llaga me están causando un tormento terrible.

Me contaba el otro día en el patio un recluso, que los secuestradores sufren mucho. Lo sabe por experiencia. Estuvo vigilando a un hombre de negocios que lloraba porque sus familiares se negaban a pagar el rescate. Sabía que trataban de regatear pero declaraban compungidos por las emisoras radiofónicas que estaban desolados. Luego se iban a casa y veían sus programas favoritos en la televisión. El secuestrado y él se tomaron mucho cariño. Jugaban a las cartas, al ajedrez y el secuestrado se ponía muy contento cuando ganaba. Luego, de repente, se acordaba de que estaba prisionero y se echaba a llorar. Al separarse —una vez pagado el rescate— se fundieron en un fuerte abrazo de despedida. Cuando detuvieron a mi interlocutor, el hombre de negocios se personó para su identificación, y exclamó: “¡Sí, es él!”, al mismo tiempo que le propinaba una sonora bofetada ante los perplejos policías.

El hombre tímido y discreto, que todas las mañanas barre afanosamente los corredores y pasillos, es un famoso banquero, acusado de haber estafado millones y millones. Sus memorias las está

publicando un semanario de gran tirada, y sostiene —por supuesto— que es inocente y víctima de un complot. Le han dado mucho dinero por la exclusiva y con su importe ha ordenado comprar una fábrica de escobas. Todas las que se utilizan en la cárcel son de su fábrica. Y él barre, dando ejemplo, con furia incontenible. Sale a escoba por día.

Doctor, algo maravilloso me ha sucedido. He conseguido hablar con Dios, aquí, en la cárcel, fuera del horario de visitas y del locutorio, en mi celda. Lo presentía porque algunas veces, con anterioridad, había logrado, de rodillas, elevarme del suelo, en levitación, sobre todo si la cena había sido ligera.

Lamento, doctor, que haya dejado transcurrir tanto tiempo sin enviarle carta alguna, pero es que he estado incomunicado, en una celda de castigo. Por lo menos he podido dormir tranquilamente por la noche, sin visitas inesperadas. La culpa la tuvo un extraño cigarrillo que me regalaron en el patio, en la hora del paseo, los que me visitan por la noche. Me descubrieron fumándolo “por su peculiar olor”, dijeron. Ahora no consigo de ninguna manera levitar ni hablar con Dios. Creo que el capellán se ha sentido desilusionado cuando se lo he contado en confesión. Debería saberlo todo el mundo. Cuando se ha padecido terriblemente y un día se deja de padecer, la existencia se convierte en maravillosa. Envidio a esos supervivientes de campos de concentración nazis, que pudieron disfrutar el resto de su existencia oliendo a rosas y viendo amaneceres... ¿Exagero? ¿Demasiado lírico? ¿Es posible imaginarse a un ex-prisionero de un campo de concentración discutiendo años más tarde con su mujer porque la sopa no tenía sal o reprendiendo a un hijo porque no estudia lo suficiente, o a una hija porque llega tarde a casa? ¿Qué significado pueden tener esos hechos cotidianos ante dramas vividos anteriormente con total intensidad? De todos modos, me temo que algunos se hayan enfadado en un atasco de circulación o en un restaurante al descubrir un pelo en su plato.

Todo ha sido producto de un tremendo equívoco, doctor. Se lo juro. Un malentendido. El capellán de la prisión me tomó cariño, porque era el único recluso que se confesaba con cierta regularidad. Siempre me consolaba refiriéndose a “este valle de lágrimas”, y sentía una gran paz interior cuando recibía la absolución. Pero ocurrió algo inesperado: en plena confesión se acercaron dos funcionarios y se lo llevaron, ante mi gran asombro. No era capellán, no era sacerdote. Un impostor, eso es lo que era. Se lo llevaron a una celda de castigo y lo contó todo. Ningún secreto de confesión le obligaba, ciertamente, a permanecer callado. El hecho es que días más tarde me condujeron ante el director, que quiso aclarar cuántas veces había hablado con Dios, qué le había dicho y qué me había respondido. No le tranquilizaron mis palabras. Yo creo que tenía miedo de ver comprometida su carrera. La cuestión es que firmó unos papeles y me han trasladado a un manicomio. Y aquí me tiene, perplejo y confuso. Le agradecería se personara para aclarar las cosas y ponerme en libertad. Aquí están todos locos.

Doctor, es usted muy listo. Ha conseguido que me tomen por loco, exhibiendo mis cartas y mis conversaciones telefónicas grabadas, que mi mujer haya obtenido el divorcio y que le abonara sus honorarios. Perfecto. Pero algún día saldré de aquí y ajustaremos cuentas. Antes debo entrenarme y aprender el manejo de algunas armas. Búfalo Bill, uno de mis compañeros, me ha prometido enseñarme a manejar un revólver. Ya sé que no es Búfalo Bill. Ayer, cogió su revólver y disparó subido al muro del huerto que circunda al Sanatorio por la parte trasera. “Un búfalo menos”, dijo, enfundando el revólver. Un campesino quedó tendido en el suelo, mientras una mujer lanzaba gritos desgarradores. Búfalo Bill se fue muy tranquilo a la cama. Me contaron después que el campesino y su mujer están acostumbrados a estas exhibiciones de Búfalo Bill con su revólver y balas de fogeo. Pertenecen al personal del Sanatorio y cobran un plus.

Nunca falta en un manicomio el habitual enfermo que afirma que su familia lo ha encerrado a la fuerza, para quedarse con su fortuna. El recluso, en el nuestro, es un caso extremo, porque no tiene familia ni fortuna.

Me han dicho que si no quiero tener problemas, lo mejor es llevarles la corriente y darles la razón en todo. Al director, a los vigilantes, celadores, conserjes, enfermeras, médicos y practicantes.

Me resulta difícil conciliar el sueño. Me pongo a pensar en la hora de mi muerte y llega el alba. Un día más, me digo con gran satisfacción. No quiero que la muerte me sorprenda durmiendo. Quiero saber realmente cómo llega.

¿Cuál es el límite humano ante el dolor? Hay personas que soportan la muerte de un ser querido, de dos seres queridos, de tres seres queridos al mismo tiempo, y en cambio se hunden en el colmo de la desesperación cuando les roban el coche.

Una vez al mes hay ensayo general en el Sanatorio, para casos de incendio. ¡Fuego!, grita uno de los enfermeros, y todo el personal corre a ponerse a salvo, mientras los pacientes proseguimos con nuestros juegos, trabajos y diversiones. En el último simulacro una enfermera se rompió una pierna porque no acertó a caer sobre la lona.

Los domingos es el día de visitas. Acuden familiares y amigos con rostros compungidos. Cuentan a los internados sus tristezas, sus desgracias, sus problemas... Qué enorme alivio experimentan éstos cuando se van.

Ayer noche, una de las internadas decidió huir, enfundada en su bata y en zapatillas. La trajeron unos policías por la mañana, en lamentable estado. La habían arañado, golpeado, violado, pellizcado, quemado con

cigarrillos en los pezones. Los autores no han sido localizados, pero las sospechas recaen en una pandilla de mozalbetes que algunas personas tratan de exculpar con la consabida frase: “Locuras de juventud”.

Hay en el Sanatorio un exhibicionista. Impecable con su gabardina y sus zapatos negros lustrosos, intenta siempre sorprender a las enfermeras. Ayer lo consiguió. Estaban desayunando en el comedor. Se presentó de repente, abrió su gabardina de par en par y un grito de asombro surgió de todas las gargantas. Tenía calzoncillos.

Dos pacientes —él tiene setenta años, ella dos menos— se aman apasionadamente y desean casarse. El director y las familias respectivas se oponen tajantemente a semejante locura.

En el manicomio no hay ningún paciente que asuma la personalidad de algún personaje histórico, fenómeno que muchos consideran habitual y obligado. Hay uno, de todos modos, que afirma ser asistente del ayuda de cámara de Na poleón. Pero lo dice con rubor.

La Dirección tiene prohibidos los paseos en solitario por los jardines y el huerto. Suele darse el caso de que algunos internos regresan tremendamente excitados afirmando haber visto a un santo, una virgen, un ángel, un hada, una bruja. Es un fenómeno contagioso. Y los que no logran ver nada se pasan días y días sollozando y lamentándose, por despecho y envidia.

He sido conducido al locutorio porque tengo una visita. A través del cristal, observo un bello rostro adornado con una sonrisa. Es una muchacha joven, esbelta, con unos ojos claros... “¡Hija mía!”, musito. En unos segundos acuden a mi mente bellos recuerdos en tropel. Cuando la tenía amorosamente en brazos y me pedía la Luna, y yo le daba la Luna. El día que la llevé a la escuela por vez primera, con su batita blanca, su lazo y su pelo rubio recogido en una graciosa coleta. Lloraba tanto ante

la puerta que nos volvimos a casa. Mi mujer se indignó conmigo y tuve que llevarla de nuevo. De repente, unos leves toques del enfermero me hacen volverme. Me indica que no estoy en el locutorio indicado y que esa muchacha no es mi hija. La que ahora tengo enfrente, con gafas y gesto fruncido, no me aviva recuerdo alguno.

He tenido un sueño maravilloso. Se me aparecía una bellísima señora, un hada o algo parecido, y me preguntaba qué deseaba más en esta vida. Yo le respondía que poseerla. Me golpeó suavemente con su varita —me imagino que “mágica”, como se estila en estos casos— diciéndome: “Concedido”. Me despertó el habitual portazo del enfermero con el desayuno. “¿Y eso, qué hace eso ahí?”, me preguntó, inquisitivo, dirigiendo su mirada hacia el catre. No supe qué decirle. Parecía, era, una prenda interior femenina. Quedé atónito, estupefacto. Recogió la prenda y se la llevó. Minutos más tarde apareció el director, indignado. “¿Quién ha estado aquí esta noche?”. Le conté la verdad.

Nos anunciaron la visita del Rey y el director pretendió ofrecer al monarca y su séquito una fiesta, contando con la colaboración de todos. Un paciente se ofreció a llevar a cabo, en la piscina, un fabuloso “salto mortal”. En el ensayo se tiró de cabeza, sin aspavientos, a la piscina, que estaba sin agua, tal como lo requería la modalidad del salto. Lo enterraron con la cabeza completamente destrozada, y el director lamentó no poder contar con él. Otra de las internadas se ofreció para interpretar una selección de danzas de ballet. El director, un tanto escéptico, asistió al ensayo. Al iniciarse los primeros compases de El lago de los Cisnes, la presunta bailarina comenzó a mover con soltura y estilo los brazos. Consiguió elevarse medio metro del suelo, y luego revoloteó con gracia sobre nuestras cabezas, volviendo a posarse sobre el escenario con delicadeza. El director no aceptó su concurso “ya que no se ajustaba al argumento del ballet”, afirmó. Tampoco aceptó la actuación de un perrito que, erguido, apoyándose en sus dos patas

traseras, con las delanteras hacía revolotear en el aire cuatro naranjas: “El número de las naranjas está muy visto”, aseguró. Otro de los internados se empeñó en comerse un vaso y hubo que trasladarlo urgentemente a la enfermería. Original en su planteamiento resultaba “el castillo humano”: un interno, bajito, enclenque y pálido, sostenía sobre sus débiles espaldas una torre humana compuesta por cinco fornidos enfermeros; otro “número” que tampoco aceptó la Dirección por el peligro que entrañaba para los enfermeros.

Graciosa hubiera quedado la parodia del domador y los leones. Un paciente disfrazado de domador se introducía en una jaula, en la que había seis leones, mejor dicho, seis compañeros disfrazados de leones. Con su látigo les iba obligando, por turnos, a saltar a través de un aro. Parece ser que utilizó en los ensayos el látigo con demasiada ligereza y hubo que acudir a la jaula a separarlos porque los seis leones se abalanzaron sobre él con saña. Salió con un ojo amoratado y la nariz mordida.

El número del “hombre-cañón” era de efecto seguro, pero no supo calibrar la cantidad de pólvora necesaria. Salió disparado, hizo añicos uno de los ventanales del salón de actos que acogía el escenario y nunca más se supo de él. Afortunadamente, el Monarca declinó la invitación a última hora.

Estábamos tremendamente preocupados por los vuelos de un compañero, cada día más prolongados y a mayor altura. Muy hábil para los trabajos de carpintería y mecánica general, se había fabricado dos alas que sujetas en su espalda le permitían volar cientos y cientos de kilómetros. El otro día estuvo a punto de chocar con un reactor de la línea regular Londres-Tánger. El director se ha incautado de sus alas, afortunadamente.

Con objeto de comprobar el nivel mental de los internos, la Dirección

nos ha sometido a una prueba escrita. Los sendos folios que nos entregaron decían: “¿Cuántos dioses hay? ¿Cuántos son dos por dos?”. Dieron tres horas de plazo y muy pocos pudimos, en dicho espacio de tiempo, responder a las mencionadas preguntas. Las respuestas correctas eran “Uno” y “Cuatro”. Yo equivoqué el orden, y aquí sigo.

Corrían rumores de que se estaba preparando una fuga. Por la noche he oído ruidos provenientes del huerto. Esta mañana he sabido la noticia. Han huido todos, las enfermeras, los practicantes, el personal subalterno, los médicos... Y el director. Nos han dejado solos y se ha formado un Comité directivo. A cada cual se le ha asignado una función específica. Me han nombrado “capellán” y doctor. Por la mañana ocupo un confesionario —en el que he colgado un letrero que dice: “No se imparten absoluciones”— en la capilla, y escucho a los creyentes. Por las tardes, en un despacho que dispone de sillón y sofá, atiendo a los confusos y no creyentes. Hago sentar al paciente en el sillón y me tumbo en el sofá. Me resulta más cómodo, porque hay algunos que hablan durante horas y horas.

Por la mañana, una sola persona se ha acercado al confesionario. Entre sollozos y gemidos se ha declarado autor de cinco asesinatos, dos violaciones y un robo a mano armada. Confuso y perplejo, sólo he sabido decirle que estamos en un “valle de lágrimas” y que rece tres “avemarías”. No creo haber estado a la altura de las circunstancias y de mis funciones.

Sin embargo, por la tarde, otro paciente, sentado en el sillón, me ha hecho pasar una velada maravillosa. Una vida azarosa la suya. Había participado en la guerra de los “boers” y conocido al mítico Sandokán. Últimamente regentaba una pequeña mercería con su mujer. El negocio iba mal y decidió pedir un préstamo al famoso héroe. Cuando le contó su proyecto a su mujer, ésta se echó a llorar y llamó a un doctor. Por eso está aquí. Quiere que le ayude a ponerse en contacto con Sandokán,

porque no sabe cuál es el prefijo telefónico de Malasia.

Un paciente mañanero confiesa haber matado a una muchacha italiana, llamada María Goretti. “¿Y dice usted que la apuñaló repetidas veces? ¿Cuántas exactamente?”. “Siete”, me responde con aplomo, “siete”. “Tranquilícese”, le digo, “ya la han canonizado”.

Otro paciente me dice que años atrás fue un gran tenor. “¿No me recuerda?”, me pregunta. “Me suena su cara...”, contesto con voz apagada y sin convicción. “Teatro Real de Madrid”, me aclara. “El trovador”. En el cuarto acto de la ópera de Verdi desfila un numeroso tropel de soldados con cascos, corazas y lanzas. Yo era uno de ellos”.

Por la tarde, un paciente, internado ayer, muy nervioso —no he conseguido que se siente en el sillón y no cesa de dar vueltas y vueltas en torno al sofá— me comunica que un docto bibliotecario francés ha demostrado, con pruebas irrefutables, que Napoleón no ha existido jamás. “¿Se da cuenta?”. Me mira fijamente, pero no me doy cuenta de nada. “Los locos, esos que creen ser “Napoleón” —insiste—, ¿qué harán cuando se enteren de la verdad? Se llevarán una terrible decepción, se suicidarán tal vez... ¿Y Josefina Bona-parte? ¿Y sus hijos? ¡Oh, Dios, qué terrible!, podrían ser de otro cualquiera. ¡Maldita ramera!” murmura, mientras prosigue dando vueltas en torno a mi sofá, con su mano derecha sobre el pecho y la izquierda en la espalda.

Soy requerido para atender a un compañero que se encuentra postrado en cama, más bien recluido, desde hace varios meses. Un día le despidieron de la empresa en que trabajaba y al regresar al hogar, ante el asombro de sus familiares —eran las diez de la mañana—, afirmó que se iba a acostar. Se acostó y nunca más quiso levantarse. Cuando le hablaban, ocultaba su rostro con el embozo de la sábana. Ni llantos, ni súplicas, ni gritos y juramentos de su mujer e hijos le hicieron desistir de esta actitud. Declinó toda responsabilidad ante la vida, la

familia y los demás. Nunca quiso enterarse de dónde provenía el alimento —escaso— que tomaba. Jamás pedía un libro, un periódico o revista, un televisor, una radio... Miraba al techo durante horas y horas. Un mes transcurrió hasta que el médico tomó la determinación. Le mintieron, le dijeron que ya estaba readmitido, que podría volver a trabajar en la misma empresa. Y lo creyó. Una vez incorporado, aseado, vestido y dispuesto para volver al trabajo, la furgoneta de la empresa, que le esperaba frente a la puerta de su casa, le trajo sin más dilación al manicomio. Cuando descubrió el engaño, ante un descuido de sus celadores, se introdujo en una cama y nadie ha podido convencerle para que se alce y pasee. Solamente, por las noches, se desliza discretamente a los urinarios. “Aquí —me cuenta— vivo otra existencia muy distinta. Sé que un día llegará la muerte, no la temo, que venga. Aquí me siento feliz, sueño otros mundos, hago el amor con las mujeres más hermosas, con las actrices más cotizadas. Protagonizo emocionantes partidos de fútbol, siempre soy el delantero centro y marco el gol de la victoria, dirijo orquestas famosas, canto de maravilla, intervengo en acciones bélicas, peligrosísimas, en cualquier parte del planeta y momento de la historia... Ayer, sin ir más lejos, estaba en Balaklava, con la brigada ligera. Errol Flynn me saludó paternalmente. Lo vi caer junto a mí, destrozado, con su caballo, por una granada. Yo seguí adelante, impetuosamente, hasta llegar a las trincheras enemigas. A partir de ese momento no recuerdo nada más. Sólo sé que me condecoraron. Mañana estaré presente en Waterloo...”.

La persona que tengo ahora en el sillón tiene un aspecto vulgar, y su voz resulta monótona. Sus problemas, me explica, provienen de “la práctica constante del mensaje cristiano de renuncia y sacrificio”. Ante mi interrogadora pero muda expresión, se siente obligado a ser más explícito. “Siento un irresistible deseo de ayudar al prójimo, en cualquier lugar, en cualquier momento. Siempre cedo mi asiento en el autobús público al primero que se planta junto a mí, cedo el paso a los peatones

cuando conduzco mi coche, recojo viajeros en las paradas; en la oficina procuro hacer mi trabajo y el de los demás. Algunas veces, me quedo más tiempo ayudando a todos; doy la razón a los demás en todo, aunque no la tengan; en mi casa, alego no tener hambre para que mi esposa e hijos se alimenten adecuadamente; reparto limosnas de tal manera que, cuando llego al cine o teatro, al que proyecto asistir, no tengo para las entradas; amo a los ladrones y cuando me instan a que les entregue el reloj y la cartera, añado alguna cosilla más, porque me apena su condición... pero cuando voy a la cama, no puedo conciliar el sueño, porque me siento envidiado y odiado por todos, porque los humillo, les hago ver que soy superior, éticamente superior, y temo que no me quieran. Además, sé que todo esto no lo hago por amor al prójimo, sino por mi propia estima. Soy un vanidoso y no tengo perdón de Dios". Su voz se quiebra en un sollozo. No sé qué decirle y se marcha dando un tremendo portazo. Al instante vuelve a asomar su rostro, ahora radiante, para decirme: "¡Soy humano...!"

La historia del paciente P. es vulgar, tremendamente vulgar. Está casado, pero quiere a otra mujer, mucho más joven que su esposa. Trata de justificarse y afirma que no es culpa suya, sino de su mujer, que demuestra una total falta de comprensión.

Una paciente me pregunta con candidez, en el confesionario, por qué algunas personas son violentas en su comportamiento. No sé qué responderle. Sólo sabemos, le explico sin convicción, que en algunos momentos determinados un hombre en apariencia "normal" pierde el control de sí mismo. Imagínese a un hombre ya maduro que le despiden de su empresa tras veinte años de trabajo infatigable, que su hijo es drogadicto y su mujer le abandona. Es lógico que, si llega a su casa y pretende ver su programa de televisión favorito, se enfade cuando interrumpen la emisión con un anuncio publicitario. De estos hombres, que en momentos así lanzan una imprecación, se dice que son

“violentos”.

Me siento subyugado con otro ocupante del sillón. Soñó un día que participaba en una conspiración contra Enrique VIII de Inglaterra. Terminó siendo arrestado con todos los compañeros conspiradores. En ese mismo momento se despertó. Un mes más tarde soñó que estaban ante un Tribunal y que los condenaban a muerte. Un verdugo les cortaba la cabeza. En el calabozo se enteró de que habían llamado a un profesional, a un especialista francés, para que sufrieran menos. Volvió a despertar y al día siguiente evitó en todo lo posible quedarse dormido. Pensaba en muchas cosas, no contaba ovejas, pero, al final, se durmió y terminó soñando que estaba con sus compañeros esperando la llegada del verdugo. Se retrasaba porque había temporal en el estrecho y el barco no podía atracar en Dover. En ese momento volvió a despertarse. Vivió unos días de auténtica pesadilla, negándose a acostarse en la cama y bebiendo litros de café. Sus familiares se mostraban preocupados y llamaron a un doctor. No quiso contarle nada de sus sueños, hasta que, una noche, volvió a surgir la pesadilla. Ya había llegado el verdugo a la Torre de Londres y todos, en fila, se dirigían al patíbulo con los ojos vendados. A través del rabillo del ojo, veía cómo sus compañeros eran decapitados de un certero tajo, excepto el que le precedía. El verdugo no acertó, se puso nervioso, embadurnó de sangre el tablado del patíbulo y al séptimo golpe logró separar la cabeza del tronco. En aquel momento se despertó. Loco de terror le contó todo al doctor. Ahora, internado, espera que un día, inevitablemente, se quede dormido y llegue el sueño atroz. “¿Acertará el verdugo a la primera, usted cree?”. Su mirada revela una auténtica angustia y yo no sé qué responder.

Las confidencias, en el sillón, de otro compañero me tienen intrigadísimo. Tiene la total certeza de que el hombre no ha llegado a la luna. Ningún americano pisó Selene. Toda la presunta llegada se rodó

secretamente en unos estudios cinematográficos, en Hollywood, dos meses antes de que la televisión lo ofreciera “en directo”. Se lo había contado un primo suyo, electricista, que trabaja en la famosa productora. Es más, el astronauta quiso exhibir un botellín anunciando un refresco a base de cola, pero se oyó “¡Corten!” y el astronauta tuvo que volver sobre sus pasos, y subir a todo correr a la nave espacial. Volvió a descender al presunto suelo lunar pausadamente, como lo había ensayado repetidas veces, pero sin llevar entre sus manos nada que pudiera patrocinar alguien. “Los rusos lo saben —me dice— pero es que ellos no han conseguido todavía inventar la bomba atómica... Es un pacto.... De no haberle contado estas cosas a un doctor muy indiscreto no estaría aquí”, me aclara.

“Me preocupa, me deprime el más allá”, comienza diciéndome otro paciente. Son muchos los pacientes que, en un momento determinado de su soliloquio, abordan este tema. Algunos pasan acto seguido a hablar de la reencarnación, tema que francamente me aburre. “¿En qué me convertiré?”, me pregunta, mientras acomodado plácidamente en mi sofá miro un desconchado del techo. Ante mi silencio, y tratando de que me interese por sus palabras, añade: “¿Sabe qué era antes de reencarnarme en lo que ahora soy?”. No siento curiosidad por lo que me vaya a decir... “Un león, un león africano”. Mi rostro debe reflejar incredulidad, porque para aseverar su confesión se ve obligado a proferir un rugido. Se me heló la sangre, los pelos se me pusieron de punta, rompió un cristal de la ventana, y acudieron en tropel, temerosos, numerosos internos.

Es un hombre pequeño, nervioso e inquieto el que ahora está sentado en el sillón. “El tabaco está acabando con la Humanidad y nadie se percata de ello”, afirma. “Todo el mundo se cree con derecho a fumar donde le plazca. No respetan las indicaciones en los aviones, en los trenes ni en los autobuses. Provocan, porque ofrecen cigarrillos con la

mejor de las sonrisas. Un día, en un compartimento del tren, decliné la invitación y aproveché la ocasión para preguntar a mis compañeros de viaje si les molestaría que me masturbara. Nadie dijo nada, pero cuando inicié un movimiento sospechoso una señora comenzó a chillar. Acudió el interventor y un policía me bajó en la primera estación en que el tren se detuvo, y me multaron por escándalo público. ¿Usted cree que tenía razón?”. Y mientras espera una respuesta se masturba en el sillón, con frenesí.

Decenas de coches y camiones rodearon ayer el manicomio. Un alto mando, con muchas estrellas en la gorra y un altavoz, comenzó a decir, con voz monótona: rendíos, rendíos...”. No acertábamos a explicarnos todo aquello. De repente, se oyó un toque de corneta y decenas de policías cargaron contra la puerta principal de entrada. Al advertir un letrero que decía: “Horas visita: 4 a 7 festivos”, se detuvieron en seco, ya que era lunes. El capitán llamó al timbre cuidadosamente y soltó una imprecación. Le había sacudido una corriente eléctrica. Desde luego, una broma de mal gusto por parte de alguno de los pacientes. Cuando se abrió la puerta, finalmente, preguntó: “¿Quién es el responsable...?”. Habían descubierto los cadáveres de todo el personal enterrados en el huerto, terriblemente mutilados, sin ojos, sin dientes, sin corazón... Búfalo Bill dio un paso adelante y confesó ser el autor. No le daba importancia a la cosa, porque “se trataba de unos asquerosos comanches” que importunaban con sus continuos ataques y fechorías. En una gran bolsa de plástico debajo de su cama descubrieron los órganos arrancados y extraídos de los cadáveres, que conservaba como “amuletos”.

Algún día, doctor, ajustaremos cuentas. Se lo advertí cuando me internaron. Porque ahora no puedo ocuparme de usted. Me debo al Arte, sí, he dicho al Arte, con A mayúscula. Los nuevos dirigentes del Sanatorio Psiquiátrico, que algunos se empeñan en llamar “manicomio”,

han llegado a la conclusión de que no soy un hombre normal, sino un “artista”. Eso me dijeron, un artista y además “excepcional”. Un cantante excepcional, de voz excepcional, que podría convertirme en el mejor tenor del mundo. Consigo dar con facilidad el “re sobreagudo”. ¿Lo ha entendido? Un re sobreagudo. Un do, el llamado do de pecho, lo emite cualquier tenor, diría “normal”. Pero yo llego al re sobreagudo y algunas veces al “mi” sobreagudo. Me examinaron la garganta con atención varios otorrinolaringólogos, que vinieron ex profeso al Sanatorio, atraídos por el prodigio. Alguno recordó que hubo una mujer, inca por más señas, llamada Yma Sumac, que alcanzaba tales notas musicales. Pero, en hombre, mi caso es único y ciertamente excepcional. No se contentaron con mirarme la garganta y las cuerdas vocales únicamente. Me hicieron desnudarme y comprobar que no había sido castrado. Los “castrati” de la Capilla Sixtina de Roma hicieron fortuna en su época, pero yo no soy un castrado. En todo caso, me sometí a una operación de vasectomía. Me pregunto si la vasectomía provocará tal efecto en las cuerdas vocales. En la India, miles, decenas de miles de hindúes han sido vasectomizados, como yo, pero no circulan por el mundo tenores hindúes, a pesar de que a todos los que se sometían a la operación les regalaban un transistor y pueden oír música todos los días, incluida ópera lírica italiana. El día que lo sepan los japoneses puede ser terrible. Miles y miles de japoneses cantando ópera italiana por todos los escenarios del mundo dentro de escasos años. Hay que impedir que los vasectomicen. Además no hará falta que les regalen transistores. Dicen que cada japonés tiene en su casa diez, doce, quince transistores...

“Usted hará carrera...”, me dijeron en el Sanatorio al concederme la libertad provisional y una beca para estudiar canto en Italia. Me despedí de todos mis compañeros, incluido Búfalo Bill, que se había llevado un tremendo disgusto al notificarle que los yanquis habían exterminado todos los búfalos y era inútil que le concedieran una bolsa de viaje para acabar con los mismos. Se quejaba amargamente de que no le habían

comprendido: él quería acabar con los americanos en general.

La vida siempre reserva sorpresas, doctor, y en Milán todo me fue mal. Me presenté en el despacho del superintendente de la Scala. “Escuche”, dije con firmeza. Afronté la última frase de la romanza “Celeste Aida” del gran Verdi. “Un trono vicino al sol, un trono vicino al soooooooooooooool”. Un “si bemol” rotundo, fulminante, penetrante, vibrante, varonil, timbrado. Me miró e hizo sonar una campanilla, acudió un ordenanza que me invitó a abandonar el despacho. Los italianos no entienden de música. En Roma me presenté en el Coro de la Capilla Sixtina. Lancé otro agudo maravilloso y descubrí mi cuerpo desnudo, abriendo la gabardina para que comprobaran que no había truco alguno. Los gritos de horror fueron apagados por los pasos rápidos de dos guardias suizos, que me llevaron detenido. Ahora estoy internado en un manicomio de la Ciudad del Vaticano, con una veintena de presuntos papas, un centenar de presuntos cardenales y obispos; uno que dice ser San Pedro, otro Cristo y dos monjas a las que se les aparece San Bruno los viernes a las siete de la tarde. Cuando he contado mis desventuras me han tomado por loco.

Estamos sometidos a estrechísima vigilancia para evitar incidentes desagradables. El otro día, uno de los presuntos papas se escapó por breves horas y recorrió un barrio romano, en olor de multitud, impartiendo bendiciones a diestro y siniestro y besando a todo niño que encontraba a su paso. Cuando la Policía lo detuvo, la gente pensó que se trataba del rodaje de una película.

Es inútil sorprender a nadie sosteniendo que ha visto a alguien en tal o cual aparición. Todas las apariciones están controladas y catalogadas. “¿El jueves a las diez de la noche?.. San Dimas”, responden imperturbablemente al novato, desconocedor de la identidad del aparecido.

El que dice ser Cristo y el presunto Pedro discuten mucho, y al final, cuando quieren reconciliarse, el primero termina diciendo invariablemente: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra...”. “¿Qué piedra?”, inquiera el otro. “¡Deténgan-lo, es un impostor...!””, clama el presunto Cristo. Pero los celadores se han acostumbrado a estas niñerías.

Todos aspiran a la santidad y sueñan con ser canonizados algún día, pero son conscientes de que sin milagros les será muy difícil alcanzar el reconocimiento oficial. Los hay que arriesgan poco y afirman insistentemente: “Mañana lloverá”, porque han escuchado el parte meteorológico. Dado que los meteorólogos se equivocan a menudo, el descrédito es fulminante cuando al día siguiente no llueve. Otros arriesgan mucho más y sostienen: “El próximo miércoles ocurrirá el fin del mundo”. Y hasta el miércoles pasean erguidos y con la mirada desafiante.

“¡Milagro!”, grita un presunto obispo napolitano. Acudimos en tropel para conocer el anunciado portento. Observa el interior de una jaula de canarios en la que hay una docena de ellos formando círculo y cantando. Resulta perfectamente audible lo que interpretan, el coro de peregrinos de Tannhauser. Nadie da crédito a lo que oye. Al finalizar los pájaros su recital una gran salva de aplausos rubrica su actuación. Hecho de nuevo el silencio, comienzan a trinar el famoso coro de Verdi “Va pensiero sul’ali dorate...”, de la ópera Nabuco. Más tarde, se supo que no había tal milagro. Se había pasado cinco años amaestrándolos.

Las dos monjas, por indicación de San Bruno, puntual a su cita de los viernes, han decidido repartir sus hábitos entre los menesterosos. Se espera con morbosa curiosidad la llegada de los mismos. Hay quien asegura que no usan ropa interior de ningún tipo. Me refiero a las monjas.

Los almuerzos y cenas colectivas provocan numerosos altercados

previos, ya que todos quieren bendecir la mesa. Generalmente, la voz de un celador advirtiendo que la sopa se enfría pone fin a las discusiones. Si alguien se atraganta, siempre se oye una voz acusadora: “¡Castigo de Dios...!”. A la hora del postre, en lugar de tomarlo, dedicamos unos minutos a la “percepción y saborización mental” del mismo. Cada día, el celador inventa un presunto postre, “fresas con nata”, y durante diez minutos, todos en silencio, imaginamos que comemos y saboreamos el citado postre. Algunas veces se dan escenas lamentables, como el día en que el celador anunció: “Frambuesas con nata montada”. Una voz protestó: “¡No me gustan las frambuesas...!”. Pero el celador le obligó a comérselas. De todos modos es práctica usual observar y guardar un absoluto silencio, habitualmente roto por los sorbidos de un presunto obispo africano y las lecturas piadosas de textos bíblicos y de San Francisco de Asís, a cargo de un voluntario designado por el celador de turno. Últimamente las lecturas se ciñen estrictamente al Nuevo Testamento, habiendo sido eliminadas las del franciscano, ya que producían situaciones violentas y embarazosas en grado sumo. Un presunto cardenal, conmovido por el gran amor que el santo profesó a los gusanos, quiso promover una especie de asociación internacional de protección a los mismos, que impidiera fuesen impunemente pisoteados. La idea, en principio, fue bien acogida, pero provocó excesivo entusiasmo y celo en su promotor, que terminó proponiendo la creación de un carril especial para gusanos, exclusivamente, tanto en las grandes urbes como en autopistas y carreteras comarcales. No hubo manera de convencerle de la inviabilidad de su proyecto. “¡Basta con una raya, con una estrecha raya...!”, insistía, muy agitado.

Este es un manicomio modélico, doctor. No hay holganza. Nos anunciaron que tendríamos que trabajar y algunos, de la impresión se desmayaron, entre ellos un presunto papa andaluz. Por lo que a mí respecta, me han destinado al Departamento de Informática. Mi labor, me han advertido, es importante, muy importante. Todo se hace en

secreto y es inútil que tratemos de contarlo. Nadie nos creería, porque estamos declarados oficialmente locos. Se lo explico en pocas palabras: todos los confesionarios de todas las iglesias del mundo están provistos de micrófonos ocultos. Ni los mismos confesores lo saben. Y cada micrófono, a través de una terminal, queda conectado a un ordenador, que registra la confesión y la traduce numéricamente. Así, al final de cada jornada, en Roma ya saben los resultados, es decir, los atentados perpetrados contra los mandamientos de la Santa Madre Iglesia. “Su Santidad, en el día de hoy, viernes, a tantos de tantos... se han confesado tres millones de adulterios, mil trescientos cincuenta y dos incestos, etc., etc...”. Esas cifras las saben gracias a nosotros... y los ordenadores, por supuesto. También se lleva el recuento de las penitencias aplicadas, por regiones, municipios... Cuando algún sacerdote se excede, sea en sentido positivo o negativo, siempre encuentran la manera delicada y discreta de advertírselo. Se dio el caso de un sacerdote norteamericano que puso de penitencia el rezo de quince mil rosarios a un pastor vasco de Idaho, que se había sobrepasado en sus relaciones con una de sus ovejas. Se le hizo ver que con cinco mil resultaba suficiente. Con el ganado vacuno se aplica más rigor.

Estamos divididos en diez grupos de trabajo y cada uno atiende la terminal correspondiente. Cada terminal se ocupa del mandamiento a ella asignado en exclusiva. En mi caso me ocupo, con otros compañeros, del séptimo mandamiento. Los que se ocupan del sexto se divierten mucho. Por la noche, cuando los celadores se han retirado, en la oscuridad del gran dormitorio, cuentan las confesiones más curiosas de la jornada, poniendo el debido énfasis, tratando de reproducir lo escuchado en una cinta original de una pequeña localidad holandesa, “...me acuso, padre, de haber incitado a mi mujer a cometer actos terribles. Sí, horribles, verdaderamente horribles. No me obligue, padre, a ser más explícito. Piense lo peor, padre, piense lo peor... Me había

duchado antes, por supuesto”.

Los responsables de la terminal del primer mandamiento han llegado a la conclusión de que nadie ama a Dios sobre todas las cosas, especialmente en Suiza.

Hay noches, doctor, que no logro conciliar el sueño. Será por el trabajo que llevo a cabo, pero el caso es que me pongo a pensar en esas confesiones y llego a la conclusión de que muy pocas personas en el mundo son inocentes. Casi todas son culpables de algo. ¿Qué ocurriría si se eliminara el “sentimiento de culpabilidad”? ¿No seríamos todos felices? “He matado a mi mujer”, confesaría nuestro amigo en la terraza de un bar, y podríamos contestar tranquilamente: “Lo siento”, sabiendo que ninguno de los dos lo sentíamos de verdad.

Doctor, tengo miedo. Nos han encerrado en el Castillo de Sant’Angelo, y pesa sobre nosotros una grave acusación. Afirman que hemos proporcionado — aprovechando las informaciones que se reciben en la terminal correspondiente al séptimo mandamiento de la Santa Madre Iglesia— datos secretos a los ministerios fiscales de varios países, relativos a personas que no declaran su renta o mienten. Hay millones de ciudadanos implicados en la cuestión, entre ellos, varios presidentes de República, monarcas, ministros, doctores, fontaneros y comerciantes. Mis compañeros se han declarado culpables inmediatamente, ya que desean ardientemente la “palma del martirio”. Soy el principal sospechoso, ya que me he declarado inocente.

Todo está perdido, doctor. Me han entregado unas cuartillas, una pluma y un tintero para que escriba, si lo deseo, un “adiós a la vida”. Al alba seré fusilado. En la estrecha celda, observo las inscripciones de otros condenados a muerte que me precedieron. Leo una que dice: “Tosca, te amo”. Lo firma Mario Cavaradossi, con un fecha ilegible. La pobre Floria Tosca nunca llegó a saber la verdad. Su amado se fingió

muerto y el gesto suicida de ella resultó tan desesperado como inútil, al arrojarlo desde lo alto del castillo. Jamás supo de la confabulación de Scarpia y Cavaradossi para deshacerse de ella. Me lo ha contado el carcelero, que se entretiene leyendo los archivos secretos del castillo.

Nunca llegué a suponer que un día me vería encerrado en una celda, condenado a muerte y esperando el momento... Una experiencia que no se repite dos veces. Me pregunto si he sido feliz. Pero ¿eso qué importa? Vivimos cuatro días y nos preocupamos por cosas tan triviales como los sentimientos. Olvidamos que lo único que verdaderamente importa es la muerte y sus consecuencias. Oigo pasos, doctor. Se acercan. Haga llegar a un editor todo lo que le he ido enviando y contando, pero adviértale que no le engañe con el número de ejemplares que imprima, que lo tienen controlado en la séptima terminal correspondiente, obviamente, al séptimo mandamiento. Y con los derechos de autor cúbrense, doctor, sus honorarios. Posiblemente el Vaticano adquirirá toda la edición.

Recorro, esposado, largos corredores y pasadizos. Asciendo finalmente por unas escaleras de piedra, gastadas y resbaladizas, que me conducen al patio central del Castillo de Sant'Angelo. Veo un pelotón de soldados y un oficial con un sable en la mano. Visten un extraño uniforme. ¿Serán zuavos? Me resisto a creer que el Vaticano se comprometa con sus propios soldados, los de la guardia papal, a llevar a cabo una ejecución.

No, no pueden ser zuavos. Suelen portar lanzas, alabardas, picas... Claro está que para estos menesteres ese tipo de armas sobra. ¿Quizás no? Quién sabe cuántos enemigos de la Iglesia habrán ensartado esas lanzas, en nombre de Dios. Un grupo de turistas —distingo rostros japoneses, que me apuntan con sus cámaras fotográficas— observan con extrañeza y curiosidad mi llegada. Llueve, pero no parecen inmutarse. ¿Estoy viviendo un sueño, una pesadilla? No veo por parte

alguna a Floria Tosca. Ella debería estar aquí, para decirme, como a Mario Cavaradossi, que el fusilamiento será una farsa, que dispararán con balas de fogeo, que luego huiremos juntos... Pero yo no soy Cavaradossi, y sé que todo es real, que van en serio, que me fusilarán, que me van a matar... En un rincón, sentado en una silla, un sacerdote, que sostiene un paraguas, un gran paraguas abierto en una de sus manos, me indica con la otra que me acerque. El oficial me dio un leve empujón y, casi sin percatarme, me encontré de rodillas ante el confesor, diciéndole: "Ave María Purísima". Y cuando el confesor pronunció la tradicional respuesta, "sin pecado concebida", esta vez no le interrumpí. Habla, habla, dice cosas maravillosas, pero yo me limito a mirar al cielo. Los turistas, el pelotón y el oficial hacen lo propio, tratando de averiguar lo que llama mi atención allí arriba. No veo traza alguna de Él. Aquí, ahora, muestra un dedo de tu mano, que suponemos poderosa y gigante. Lo sé, algunos empezarán a chillar, a correr, locos de terror. Otros se quedarán inmóviles, petrificados, clavados en el suelo. Los japoneses no acertarán a disparar sus cámaras. Un gesto, Señor, y muchos creerán en Ti. ¿Por qué no lo haces? ¿Tanto te cuesta? ¿Los americanos? Ellos están a lo suyo...

No ha sucedido nada, el capellán me ha propinado un pescozón y el oficial, rabioso, me ha trasladado al centro del patio. El resto me resulta muy confuso. He oído una descarga de fusilería, me han cegado una sucesión de flashes —supongo que de los turistas japoneses— y más tarde una voz queda y dulce de mujer, que arrodillada junto a mí, susurra: "¡Mario, Mario, levántate...!" Yo la miro pero me siento impotente. No puedo moverme. ¿Me llamo realmente Mario? ¿Quién soy realmente? Y ella, ¿quién es ella? ¿Quién es esa mujer desesperada que al oír voces se incorpora presurosa y se dirige rápidamente a la almena, perseguida por unos soldados? He creído por un momento que era mi mujer. Pero mi mujer no se llama Floria Tosca... ¿O sí? Entonces, ¿por qué se lanza al vacío? ¿Por desesperación? ¿Qué es lo que le

desespera? ¿Mi muerte quizás...? ¿Entonces, mi mujer me quería, no estoy soñando? Sigo viendo lo que ocurre, tumbado en las frías losas del castillo sin que nadie me preste atención. Todos dirigen su mirada a las almenas, por donde ha desaparecido irremisiblemente mi mujer, mejor dicho, Tosca. ¿Irremisiblemente? ¿No sucederá que la veamos ascender por los aires, por culpa de un colchón elástico excesivamente tensado, que la impulse de nuevo hacia arriba? Si fuera una representación teatral, esto sería posible que ocurriera. ¿Pero se trata de una representación teatral? Lo curioso del caso es que ahora, inmóvil, quizás muerto, empiezo a verlo todo claro.

Nota del editor *

Cuando recibí el manuscrito, por correo postal, debidamente franqueado y un “remite” con solamente estas palabras “Castillo de Sant’Angelo. Roma.”, estuve tentado de tirarlo al cesto de los papeles, pensando que estaría escrito en lengua italiana. Estaba equivocado. Procedí a su lectura. Su calidad literaria dejaba mucho que desear, pero el relato me dejó perplejo. ¿Quién podía ser su autor? ¿Un neurótico, un psicópata, un megalómano, un histérico? Además, en caso de publicarlo, ¿a quién habría que abonar los derechos de autor? La casualidad quiso que me viera obligado a requerir los servicios de una Agencia de Investigación privada, ante algunos casos muy desagradables surgidos últimamente por culpa de ciertos autores irresponsables que, tras haber percibido determinadas cantidades, en concepto de anticipo, desaparecían después. Como la cuota anual me permite utilizar los servicios de la Agencia hasta un límite de diez casos por año, y los irresponsables son media docena — sudamericanos casi todos—, encargué las averiguaciones pertinentes en torno al caso. El resultado de las mismas se incluye a continuación. Verdaderamente el texto no merecía tanto esfuerzo ni fatiga. Pero por el mismo precio...

** Apócrifa. (Nota del autor.)*

Informe de la agencia de investigación privada

La única pista facilitada por el editor, es decir, la dirección de Roma, el Castillo del Santo Angel, resultó falsa a todas luces. El agente enviado especialmente a la capital de Italia tuvo que aguardar varios días para poder entrar en el mismo, ya que se trata de un museo público y los funcionarios estaban en huelga. En su visita, finalmente, descubrió que en dicho Castillo no vive permanentemente nadie y que los conserjes no conocen el castellano. Por lo tanto, difícilmente podían haber escrito narración alguna en dicha lengua. Cuando pronunció los nombres de Mario Cavaradossi y Floria Tosca, la faz del guía cambió. Tras una generosa propina, contó una dudosa historia. Un pintor, llamado ciertamente Mario Cavaradossi, fue fusilado allí mismo por orden de un tal barón Scarpia, jefe de la Policía de Roma. Asunto de terrorismo y mafia a todas luces. Una cantante —¿melódica o de rock...?— llamada Floria Tosca intentó seducir al barón Scarpia —aunque pudo ser lo contrario...—, para que no mataran al tal Mario, hicieran un montaje falso de fusilamiento, y huir después a Civitavecchia y tomar un barco que los condujera lo más lejos posible. La típica historia italiana. Al final, como se ha adelantado ya, murió por fusilamiento y la cantante se arrojó desde el Castillo al río Tiber. Nuestro agente hace observar que tal cosa resulta imposible. Seguramente, la cantante aplastó su cráneo contra el asfalto de la carretera que circunda al Castillo en cuestión. Cabía —dedujo bien el agente— que Mario Cavaradossi hubiese sido el autor del manuscrito, pero le aseguró el guía que conocía la historia por un guardián de la cárcel, que se quedó con un medallón que le entregó el ajusticiado por permitirle escribir una carta. Parece ser que no llegó a escribir mucho, porque de pronto se puso a cantar como un desesperado. Finalmente, llegó el piquete y se lo llevó. Tampoco parece que fuera a revelar nada importante. Solamente escribió: “Mucho tiempo he estado acostándome temprano”. Como frase, parece una tontería, pero averiguó que un francés llamado Marcel Proust escribió la misma frase como inicio de

una novela. ¿Pura coincidencia o fusilaron a un plagiaro? Ninguna de las dos cosas. Nuestro agente prosiguió sus investigaciones en Roma y supo, en la Prefectura Central de la Policía, que el tal Mario Cavaradossi no figura en ningún archivo, al igual que Floria Tosca. Finalmente, un veterano comisario le aclaró la cuestión. Al parecer, ambos son personajes de ficción, protagonistas de una ópera lírica titulada Tosca y su autor un tal Giacomo Puccini, que tampoco figura en los archivos de la Policía de Roma, aunque en Lucca, su ciudad natal, parece ser que archivaron un caso de seducción en la persona de una muchacha de servicio, de una “empleada de hogar”, que se suicidó, al quedar embarazada, ahogándose en una localidad próxima llamada Torre del Lago. El comisario cree que pudo ser un montaje publicitario, al igual que ocurrió con otra señora, japonesa por más señas, llamada “Madame Butterfly”, en el mundo del hampa de Nagasaki. En este caso trataron de desprestigiar a la flota norteamericana del Pacífico en la persona del teniente de navío Pinkerton. Nuestro agente —aunque esto no venga al caso— también quiso saber del veterano policía lo que era una “ópera lírica”. Le aclaró que es un espectáculo italiano, en el que unos actores cantan en el escenario a voz en grito, sin micrófonos inalámbricos, algunas veces en posturas extrañas, por ejemplo, tumbados en el suelo. Le contó que en Tosca desempeña un papel muy importante un tal barón Scarpia, jefe de la Policía de Roma, que acostumbraba a torturar a los prisioneros sin tomar precaución alguna, arriesgando siempre su fulminante destitución. De todos modos, murió por un asunto de faldas, a manos de Floria Tosca, que era cantante. El clásico triángulo. El pintor, la cantante y el policía. Floria, enamorada del pintor. El Barón, también. Este detuvo al pintor por conspirador. El tal pintor era un “tonto útil”. Al parecer, protegió a un anarquista, y se negó a denunciarlo pese a las torturas. El barón recurrió a Floria, que ante los gritos de su amado “cantó”, en el sentido empleado en la jerga policial, se entiende... El barón Scarpia prometió la libertad a ella y al pintor si le concedía sus favores. En el momento culminante, mejor dicho, “antes de..”, cuando ya

había firmado un pase, Tosca apuñaló al barón. Mario murió a manos del pelotón de fusilamiento creyendo que todo aquello estaba montado y acordado previamente. Por lo menos así se lo contó la tal Floria. Luego resultó que no era cierto, y Tosca, desesperada, se arrojó por una almena. Se echó tierra al enojoso asunto, porque en el Vaticano estimaron que era mejor así. En las representaciones de la ópera, la soprano acostumbraba a arrojarse sobre colchones convenientemente colocados tras el escenario. Últimamente, algunos escenógrafos colocaban modernos colchones elásticos, pero las sopranos gruesas salían lanzadas por el aire, provocando risas entre los espectadores. Lo más práctico es no colocar absolutamente nada. Las imprecaciones las tapa la orquesta.

Si la pista del Castillo no condujo a ningún esclarecimiento de la cuestión, la visita a la Oficina de Información de la Ciudad del Vaticano, todavía menos. Nuestro agente pidió audiencia con el Papa y le fue concedida rápidamente. Acompañado de ciento quince mil peregrinos de todo el mundo alcanzó a divisarle un momento.

El Santo Padre hizo un gesto cariñoso con la mano y nuestro agente entendió algo así como “nos vemos luego”. Se equivocó. Con quien mantuvo, más tarde, en contra de su presunción, una larga charla, fue con el jefe de los guardias zuavos. Le aseguró que en el recinto Vaticano no hay manicomio alguno y, confidencialmente, le confesó que todo el mundo es un manicomio. Nuestro agente no contestó a la evidente provocación y al día siguiente, muy de mañana, examinó sigilosamente los confesionarios de algunas iglesias romanas, tratando de averiguar si se ocultaban micrófonos. Como algunos ya estaban ocupados por sacerdotes, no tuvo más remedio que confesarse una veintena de veces. Al final, parece ser que dijo, nada más iniciar una confesión: “Ave María Purísima. Hace cinco minutos que me he confesado. Me acuso de...” . Ciertamente, en un minuto se puede matar a un hombre, seducir a una

anciana....

Tras el fracaso romano, el agente regresó de inmediato y recorrió uno a uno todos los manicomios españoles. Había una pista clara: dar con el que había anunciado la fallida visita de los monarcas. Resultó otra pista falsa. Parece ser que en casi todos los manicomios españoles hay encerrados varios presuntos monarcas, presidentes de Gobierno y autonómicos, que se han presentado y anunciado como tales. Tampoco se supo de ningún loco que se hubiese dedicado a cantar ópera y se le dejara en libertad. Son muy peligrosos, al parecer.

Segunda nota del editor *

Tras el fracaso de la Agencia de Investigación Privada, la casualidad quiso que un día me llegara otro sobre, con un curioso manuscrito, titulado “Desde mi celda” y un remite escueto: “Cárcel Central del Estado. Celda número 1024”. Di una nueva oportunidad a la susodicha Agencia, dado su contenido, estrechamente relacionado con lo anteriormente publicado. Supe de esta manera que dicha celda albergó a un extraño individuo, detenido por intrusismo en la profesión médica, y por ejercer como confesor sin tener la condición de sacerdote. No pudieron hablar con él. Llegaron tarde, ya que estando a la espera de trasladarlo a un centro psiquiátrico se suicidó arrojándose por la ventana de su celda, tras limar previamente los barrotes. Un trabajo ímprobo y gratuito. Todos los reclusos saben que resulta mucho más cómodo ahorcarse con trozos de sábanas.

De todos modos, descanse en paz.

* También apócrifa. (Nota del autor.)

Desde mi celda

Estimado editor: Creo que le debo una explicación en torno al

manuscrito que le envié perteneciente a un paciente mío, mejor dicho, a un feligrés. Perdón, me explicaré mejor. Evidentemente, el secreto de confesión obliga a permanecer mudo, pero no soy sacerdote. Fui expulsado del seminario casi a punto de recibir las órdenes menores, por culpa de un enojoso asunto que preferiría no revelar. Podría perjudicar a un cardenal que presta sus servicios en el Vaticano. Recuerdo perfectamente al suicida en cuestión. Jamás supo lo de mi doble personalidad. Me veía en la consulta médica cuando se tendía en el sofá, pero jamás me reconoció en la oscuridad del confesionario. La última vez que acudió, se mostró muy nervioso; dijo, atropelladamente, “Ave María Purísima”, me tendió una nota y sin mediar más palabras se marchó apresuradamente. Me resultó muy extraño aquello, por eso lo recuerdo. Encendí la luz interior del confesionario y leí el contenido de la carta. Decía en la misma que había un micrófono oculto en el confesionario, y que por lo tanto había optado por entregarme una relación de sus pecados, de los que obviamente se arrepentía. Incluía una posdata, rogándome le enviara la absolución por escrito a la dirección indicada. Recuerdo la misma: “Castillo del Santo Angel. Roma”, el mismo remite del sobre que me envió a la consulta meses más tarde y que le hice llegar en su día. Rompí indignado la misiva. Luego me di cuenta de que obré mal, olvidando mis obligaciones. No tuve caridad cristiana con aquel desgraciado. Porque cuando actuaba como sacerdote asumía mi cometido con todas sus consecuencias. Confesión, perdón de los pecados y penitencia, gratuitamente. En la consulta médica, audición y factura. Mi caso no es un caso aislado. Miles de confesores se dedican a la práctica de la psiquiatría en sus horas libres para ganar un dinero que les permita sostener su parroquia. Actualmente se confiesan muy pocos, cosa que me debería producir tristeza, pero la verdad es que me produce mucho alivio, porque a casi todos les huele el aliento. La mayoría son mujeres casadas y cuentan cosas terribles de sus maridos. Debo confesar que emplean una terminología del pecado, por lo que concierne al sexto mandamiento, que me deja siempre

perplejo: enemas, griego, francés, portugués, felación, montadito, sesenta y nueve, dúplex...¿Qué es todo eso? En cierta ocasión, una feligresa, con gran rubor, me confesó que su marido le obligaba en el lecho matrimonial a realizar actos indignos, pero no quiso añadir nada más cuando le animé a que concretara... “Perdone, padre, pero eso no se lo puede pedir a una señora casada”, me dijo. “Tranquila, hija mía”, le repliqué, “espero que todo lo que hagáis sea encaminado a la procreación y a la mayor gloria de Dios”.

Tercera nota del editor *

Tras el nuevo fracaso de la Agencia de Investigación Privada, el director de la misma decidió asumir el asunto en persona. Muchos meses después pudo, finalmente, localizar a la viuda del suicida, del primero de los suicidas, por supuesto. De esta manera, hemos podido firmar un contrato de edición y darles un anticipo, modesto, ciertamente, porque no conviene arriesgar... Le animamos también a escribir unas cuartillas y a entregarnos la fotocopia de una carta, la última que le escribió su marido, al parecer. Cuando habla de él parece desvariar...

* Asimismo apócrifa. (Nota del autor.)

La viuda

Cuando abrí la puerta y me dijeron “Su marido ha muerto”, respondí: “No es posible, está durmiendo...”. Pero cuando abrimos la puerta de su dormitorio —hace años que dormíamos en habitaciones separadas— su cama estaba en desorden, la ventana abierta de par en par y encima de la mesilla un voluminoso sobre, dirigido al doctor que le asistió durante varios meses, del que se hizo cargo uno de los policías. Llegué a pensar en una broma, en una de sus habituales bromas de mal gusto, pero cuando más tarde me mostraron el cadáver en el depósito, tuve que aceptar la realidad. Se arrojó de madrugada, según calculó el forense.

Un vecino trasnochador se topó con el cadáver. Tenía el cráneo destrozado y la sangre embadurnaba el asfalto. Avisó de inmediato a la Policía. Como nuestra casa constaba de dieciocho pisos, decidieron localizar al conserje de la finca para su previa identificación y evitar así tener que despertar a todos los vecinos. Trasladado al depósito de cadáveres, pálido y a punto de desmayarse ante el macabro espectáculo, acertó a decir, con voz queda: "Piso quince, centro izquierda". Lo confieso: no sentí pena alguna, y lo digo sin remordimiento. En aquel cadáver no había traza alguna, rasgo alguno del hombre del que yo me había enamorado hace muchos años. Se había ido transformando en otro ser, indiferente y extraño para mí. Sus estancias más o menos breves en centros psiquiátricos no llegaron a solucionar el problema. Más bien lo agravaron. Todo comenzó el día en que lo despidieron de la empresa en la que llevaba trabajando una veintena de años, cuando fue sorprendido observando furtivamente a una muchacha llamada Floria, a través de una cristalera, subido a un inodoro de los servicios. Aquello fue penoso para todos y nos vimos obligados a ocultar, ante familiares y amigos, la verdadera causa del despido. Preferimos hablar de desfalco, pero no fue una buena excusa, ya que como no escapó al Brasil, como hacen todos en estos casos, pensaron que sería un desfalco de poca monta, propio de un pobre hombre, como él. Luego, en el paro, su manera de ser fue transformándose por completo. No podía soportar que yo trabajara y él no. De todos modos, jamás supo la verdadera naturaleza de mi trabajo. Creía que trabajaba de asistenta y cuando volvía por las noches a casa, cogía mis manos y exclamaba: "Tus suaves manos...". Luego volvía a su permanente estado de postración, en el sillón, frente al televisor. Nunca supo lo que mis manos tocaban y acariciaban.

Al principio se me hizo muy duro, llegué a vomitar sin que el cliente se enterara, pero la condición humana tiende a acostumbrarse a todo. Cuando, alguna noche, mi marido pretendía hacer el amor, me sentía

estafada...

Pasaron los años equívocos de nuestras vidas, cuando creíamos que bastaba con amar, cuando pensábamos que era suficiente querer para ser querido. Como si los sentimientos hubieran de ser correspondidos obligatoriamente. Y en esa creencia vivimos, ciegos ante la realidad que el paso del tiempo inexorablemente impone.

No quise seguir viviendo con mis hijos en aquella casa, que tantas alegrías y tantas tristezas había acogido a lo largo de muchos años. Nos trasladamos al otro extremo de la ciudad. El día en que tuve que entregar las llaves al nuevo inquilino, mis ojos recorrieron por última vez, una a una, todas las habitaciones, las manchas, rasguños, rasponazos, desconchados... elocuentes testigos de una parte de nuestras vidas, que allí quedaban encerradas y canceladas. Fue entonces cuando reparé en la existencia de una carta que yacía olvidada en el suelo, en un rincón, entre el polvo acumulado. Tras leer su contenido, me asomé por la ventana, precisamente por la misma ventana por la que se arrojó mi marido, y pensé que bastaba un segundo para llevar a cabo el mismo gesto.

Carta a floria

Querida Floria: He sobornado al carcelero entre-gándole mi anillo, mi última reliquia, el último resto de mi antiguo esplendor. Son palabras que sonarían mucho mejor con música de Giacomo Puccini. Gracias al regalo he podido conseguir una pluma y unas cuartillas. Ganas me dan de dejarlo todo y ponerme a cantar. Pero prefiero que sepas la verdad. No soy pintor, no me llamo Mario Cavaradossi y no soy soltero. Tampoco soy un héroe. Cuando me torturaron, dije todos los nombres de todos mis amigos. No merezco tu amor ni tu ayuda. Te conozco, seguramente estarás en estos momentos haciendo el amor con el barón Scarpia, tratando de conseguir un visado para huir a cualquier lugar del mundo.

No tengo el valor suficiente para seguirte. Me ofreces una nueva vida, pero yo no la deseo. No quiero seguir los pasos que nos marca el destino. Tú te matarás en cuanto haya abandonado el patio el pelotón del fusilamiento y veas que yo no me incorporo, porque yo seguiré tendido en el suelo, fingiendo ante tus ojos espantados que he muerto. Está escrito en el libreto. Tú, loca de amor, te arrojarás por la almena del Castillo. Estate tranquila, Floria, yo te seguiré. Te lo juro, te seguiré en cuanto acabe esta carta, una carta que no es para ti, sino para mi mujer. Te engañaba, Floria, porque estoy casado, tengo cuatro hijos y, repito, no soy pintor. Fui contable durante muchos años, en una empresa seria y responsable, hasta que un día te vi, querida Floria. Tú no te fijaste en mí, pero yo sí. Y con mi mirada te seguía, te perseguía, te deseaba, te amaba. ¿Por qué gritaste cuando me asomé a la cristalera de los servicios? Yo no pretendía nada, absolutamente nada. Solamente verte. Y tú gritabas y gritabas. Me despidieron, ¿lo sabías? Me quedé en el paro y gracias a mi mujer la familia salió adelante. Ella me decía que trabajaba como asistente, pero sabía que se dedicaba a otros menesteres, porque examinaba sus manos por las noches y seguían suaves como siempre. Por las noches, sinceramente, me repugnaba hacer el amor con ella. Y si llegábamos a hacerlo, lo hacía para no delatar mis sentimientos. Es una santa y no se merecía todo lo que hice por amor a ti, Tosca querida. Si tú cantas, yo canto, me dije. Y comencé a dar clases de solfeo, gratis por supuesto, en el coro de una iglesia cercana a nuestra casa. Ejercitábamos la famosa técnica del “canto mental” inventada por el italiano Malerba. Es decir, no cantábamos realmente. Lo hacíamos interiormente.

Pero el director del coro nos oía.

No sé cómo, pero nos escuchaba y corregía. Gracias al “canto mental”, llegué a conseguir una maravillosa voz de tenor, aunque también hice mis pinitos como barítono. Imborrable el recuerdo del

Requiem de Verdi que interpretamos el Viernes Santo. Convecí a mi mujer e hijos para que fueran a escucharnos. Yo asumía, como tenor, partes muy difíciles y, por supuesto, el famoso “Ingemisco”. No acertaba a cantar, de la emoción que me embargó. También se emocionó el director, el único que podía oírme. El resto del coro, así como el público, se limitó a mirarme, observando cómo abría la boca y la cerraba, algunas veces con dulzura y otras con desesperación. Y es que el “canto mental” supone una entrega total. Mi mujer, en casa, aquella noche, no me dijo nada. Pero la sorprendí cantando en el dormitorio una napolitana maravillosa, Santa Lucía luntana. Se limitó a mirarme con ojos de asombro, cuando abría y cerraba la boca. “¿Qué te parece?”, le dije. Calló.

Al día siguiente fuimos a un enorme edificio que alberga al Conservatorio de Música, y un señor muy atento, con bata blanca, me examinó. Hice una demostración completísima. Primeramente interpreté “Questa e quella”, de Rigoletto, para calentar la garganta. Observando el interés que mostraba el director de la bata blanca, proseguí con La Gioconda de Ponchielli, y su famosa romanza “Cielo e mare”, y finalmente, animado por la mirada del director, atacué la famosa y terrorífica “Di quella pira...” de El Trovador, de Verdi. Al terminar, no comentó nada, pero cogió una pluma y escribió algo en un papel. Estrechó la mano de mi mujer y me dio unas palmaditas en el hombro. Me había dado una beca para estudiar canto en Italia. Siempre había tenido la idea de que Milán estaba muy lejos. No fue así. Llegamos en una hora, a pesar de la intensa circulación. Claro que el taxi que nos condujo a la Scala de Milán fue tocando su sirena. Pensé que no teníamos tanta prisa. El resto, querida Floria, lo sabes mejor que yo.

El día que en el Conservatorio organizaron la gala “fin de curso”, todos los alumnos fuimos utilizados como coristas, para acompañarte a ti y al tenor que trajiste de Roma, en La Traviata. Y cuando tú, con tu copa de

champán, cantabas animadamente y el coro, los del coro, te acompañábamos, me miraste. Sí, me miraste con pasión, con amor. Y mi canto, eso me pareció a mí, resonó más viril y más agudo que el de ningún otro. El tenor, humillado, protestó al final de la representación, pero tú quedaste impresionada. Gracias a ti pude ir a Roma, pero allí nadie me ayudó, ni tan siquiera en la Capilla Sixtina, aunque yo les dijera a sus dirigentes que mi voz era mejor que la de cualquier castrado. Me despidieron con cajas destempladas. Desesperado, sin dinero, robaba los cepillos de las iglesias y en una, en Santa Andrea del Valle, me detuvieron.

En la Comisaría estaba ese odioso barón Scarpia, que no tuvo piedad conmigo. Ahora ya lo sabes todo. Comprenderás que resulta totalmente inútil y estúpido que me levante y comience a cantar el “Adiós a la vida...”.

El “canto mental” precisa de la emoción de la representación en directo, público, orquesta, toses... Sé que abajo me esperan las negras y turbias aguas del río Tíber. Pero la vida no la concibo sin amor, sin el amor de la única persona a quien yo he querido en este mundo: mi mujer. Y como ese amor me ha sido negado, es decir, no ha sido correspondido, permítame, carcelero, que cierre este sobre, culmine la acción con el remite y verifique el último acto, el postrero acto que me resta: morir. Abra la ventana y baje el telón. Por mucho que insistan, no volveré al escenario de la vida.

Sería inútil.

HISTORIAS DE LA VIDA COTIDIANA

El tornillo

Por la rotura de un tornillo, de un solo tornillo, un gran avión de pasajeros se precipitó en tierra con todos sus ocupantes. El hecho no tendría mayor importancia si no fuera porque mañana he de viajar en avión por motivos laborales. Puedo alegar que estoy enfermo, que tengo cáncer. “Aquí”, le digo a mi jefe, señalando con el dedo índice los pulmones. Pero solamente consigo que me dé un consejo: “No fume tanto”. Necesito tener la conciencia tranquila. Las luces del atardecer se filtran por los rosetones de la iglesia y una anciana espera una vez más que la Virgen se le aparezca sobre la hornacina de enfrente, justo donde el morado del vitral deja reposar su luz. El sacerdote me dice que todos estamos en manos de la Providencia, pero ignora los nombres de los encargados de revisar los tornillos de los aviones. ¿Tendrán la conciencia tranquila?. Desde el ventanal del aeropuerto observo una infinidad de aviones. Algunos son movidos por minúsculos “jeeps” y se bambolean con exceso. Un sudor frío invade mi frente. Una luz roja indica que debo tomar ya mi avión. Trato de llamar a mi familia para despedirme, quizá por última vez.

Inútil. No funciona el aparato. Seguramente le faltará algún tornillo. Soy el último en ocupar el autobús que nos conducirá, a través de la pista, al avión. Soy el primero en descender apresuradamente, pero no me dirijo a las escalerillas, sino a las alas. Todos me observan extrañados. Trato de colgarme de una de ellas. Mis saltitos resultan ridículos. Ante la inutilidad del esfuerzo, golpeo el fuselaje, las chapas metálicas; compruebo las juntas, toco las cabezas de los tornillos. Mis compañeros de viaje se han detenido en las escalerillas y me observan. Dos empleados de la compañía tratan de alejarme del aparato. Primero con buenos modales, luego a la fuerza; me arrastran hacia la escalerilla y yo solamente les ruego que me dejen comprobar si el maletero situado

en la plaza cierra herméticamente.

Matar un pájaro

He donado mis riñones, mis ojos, mis gafas —soy miope—, pero no me siento feliz por culpa del pájaro. «No me importa el mundo de los niños», me he dicho a mí mismo una, dos, tres, cien veces, y llego a la conclusión de que ciertamente no me importa. (Un amigo mío se echó a llorar a la tercera). ¿Les importa a los demás?. Tengo mis dudas. Hoy día el terror y el horror se confunden. ¿Es posible habituarse a ellos? Me temo que sí. La gente dice tranquilamente: «Mañana me voy de vacaciones, de viaje...» Y son capaces de utilizar las «consignas» en las estaciones. De ahí a la «ruleta» rusa el camino es muy corto. «Habría que matarla», había dicho mi mujer —quizá sin mucha convicción— refiriéndose a la canaria. Encerrada en su jaula, sus rabiosos picotazos —alguna misteriosa enfermedad le obliga a rascarse continuamente— han dejado desplumado y llagado su cuerpo. Desde luego, sufre. Matar un pájaro. Se dice fácil..., pero ¿cómo? Una hora de meditación en solitario —mi mujer y mis hijos se han ido de vacaciones y yo me he tenido que quedar trabajando por culpa de un compañero que primero dijo «me siento mal» y luego ha resultado ser cáncer de pulmón (él no lo sabe)— me llevan a la conclusión de que la solución está en la bañera. Introduzco la jaula con la canaria en su interior —la idiota canta— , coloco el tapón y abro el grifo del agua caliente. (Restos de una piedad perdida años atrás con amigos descarriados). El agua sube de nivel con exasperante lentitud. La canaria deja de cantar, se agita inquieta, parece intuir el peligro. Dentro de pocos segundos se agarrará desesperadamente a los barrotes del techo. Prefiero no presenciar el final. Me voy al salón y conecto el televisor. Es un telefilme. ¿Cuánto tiempo transcurrió? No podría decirlo con precisión. El hecho es que sonó el teléfono, sentí la voz airada de mi vecino del piso de abajo y corrí rápidamente a cerrar el grifo de la bañera. El agua inundaba a raudales la estancia. Recogí como pude, con trapos, con toallas, el agua. Durante el resto de la jornada no me sentí feliz, vuelvo a repetirlo, por culpa del

pájaro. Antes —se me olvidaba decirlo—había arrojado la canaria al cubo de la basura. No abultaba nada y tenía los ojos abiertos.

Queridos, adorados hijos

He resistido la programación televisiva hasta el final, me he entretenido con una vieja revista, siempre esperando —al igual que mi mujer—, acechando el rumor de unos pasos que se acerquen a la puerta de nuestro hogar. Es inútil. Sólo me resta recorrer fatigosamente el largo camino que del sillón me ha de conducir al lecho conyugal. Me atenaza el sillón y tengo que hacer acopio de fuerzas para alzarme. Hoy me siento muy viejo. Calculo que tendré ciento veinticinco años, por lo menos. Parece que fue ayer cuando asombraba a mis hijos con unos sencillos y simples juegos de manos. Ahora esperamos su regreso en silencio. Me acuesto, y finjo dormir cuando llega mi mujer, que siempre busca pretextos para acostarse más tarde. Finjo dormir, pero no duermo. ¿Cuántos corderos podré contar hasta las siete de la mañana? (A esa hora sonará el despertador e iré a trabajar. ¿Y si un día no fuera? Un compañero de oficina se dijo una mañana: «¡No voy!»; luego tuvo que pedir de favor un certificado médico, y su mujer no le habló en siete meses.) Una noche, hasta las cinco de la mañana, había llegado a contar 256.513 corderos. Cuando llegué a esa cifra oí que hurgaban en la cerradura de la puerta de la calle. Luego, los habituales pasos fugaces, una puerta, un «clic» de la luz que se enciende, otro «clic» y el silencio... Podía dormir tranquilo, porque el último de nuestros hijos ya estaba en casa. Esta noche, falta la hija... Los hijos. Queridos y adorados hijos.

Cuando una noche, años atrás, los increpé por llegar tarde, vi el odio reflejado en sus ojos, y no volví a abrir la boca. Ahora quisiera saber si mi mujer duerme o finge. En el lecho de la muerte —que quizá sea este mismo— tengo decidido, pocos minutos antes de expirar, pedirle ciertas aclaraciones de su comportamiento en vida. ¡Los hijos! Puede uno estar sentado en un sillón, como esos otros, con su batín y sus babuchas, creyéndose el rey de la casa, y recibir las «buenas noches» de un hijo

recio, fuerte, sano, que viene de la calle, de sus paseos por el jardín vecino con sus amigos, que se improvisa un bocadillo antes de acostarse temprano porque se lo imponen y ordenan. Ignoran que ha dejado su bateadora en su cuarto, subrepticamente. Y al día siguiente vienen unos policías y les comunican que «su muchacho» ha matado a alguien en unos jardines. ¿Entonces? ... En estas consideraciones me encontraba, tratando de eludir los corderos saltarines, cuando oigo de nuevo rumores provenientes de la puerta de la calle. Ahora es nuestra hija. Dentro de un rato, de media hora, se cumplirá el rito. Mi mujer se levantará sigilosamente, entrará en silencio y a oscuras en su habitación, registrará su bolso, sus bolsillos, la olerá, palpará su brazo... Píldoras, anticonceptivos, alcohol, drogas, todo es posible. Un suspiro y a la cama de nuevo. Al día siguiente, callará. Yo, también.

Volando hacia Londres

Era un vuelo regular, de los llamados de “fin de semana”. Un asunto ineludible y de cierta importancia para su empresa, le obligaba a tomar un jueves por la tarde aquel avión, con destino a Londres, aparentemente de mala gana. Pero cuando remontó la escalerilla, movió el brazo derecho automáticamente, en plan de despedida, hacia una hipotética figura de mujer —su esposa— que presumía se encontraba entre el habitual grupo de curiosos y expectantes visitantes de aeropuerto (nunca pierden la secreta esperanza de ser testigos directos de un espectacular accidente) y se introdujo en el interior del aparato, respiró aliviado. Quería a su mujer, pero no la soportaba.

Dada la escasa afluencia de pasajeros, la azafata, por razones de seguridad, los acomodó en la parte anterior. Nuestro hombre hizo un gesto de contrariedad, pero no tuvo más remedio que sentarse en el lugar que le indicaron. Reparó de soslayo en la mujer que tenía a su vera y que miraba con insistencia a través de la ventanilla. Dado que durante varios minutos no cambió de postura, pudo observar con tranquilidad su porte e indumentaria. Efectivamente, se trataba de una madre de familia de clase media alta, y con un atractivo rostro, cosa que pudo comprobar cuando el avión alzó su morro y la pasajera dejó de mirar al exterior, se persignó y clavó la mirada en un punto indeterminado frente a ella.

Intentó trabar conversación, pero la mujer, seria, con rostro preocupado, ojos quizá un tanto enrojecidos, no aceptaba diálogo alguno. Tampoco aceptó la bandeja que le ofreció más tarde la azafata, a pesar de la insistencia de ésta. Más tarde, la azafata le entregó una “tarjeta de embarque” para que la rellenara. Aquí perdió su mutismo, porque no se entendieron en la cuestión idiomática y hubo de intervenir su compañero de viaje. Luego todo resultó más fácil.

Estaba casada, tenía tres hijos y su marido no quería ninguno más. La esperaban en una clínica al día siguiente. El sábado se recuperaría y el domingo podría volver. Jamás había pasado por aquella experiencia y tenía miedo, pesares y remordimientos. Su marido le había empujado insistentemente a tomar aquella decisión y ella, al final, había cedido. El caballero escuchaba silenciosamente la confesión. Luego tuvo solícitas palabras para su situación. Con hábil vocabulario dejó entrever que el marido no se merecía una esposa como ella. Inquirió discretamente por su fidelidad y no pudo por menos que mostrar un leve gesto de contrariedad cuando confesó que le había sido fiel durante los quince años de matrimonio. Alegró sus ojos cuando la mujer apretó los dientes y afirmó, casi para sus adentros, “esto me lo pagaré...”. Al llegar a Londres, el caballero observó que sus respectivos hoteles estaban muy cercanos —aunque así no hubiese ocurrido, la “coincidencia” se hubiera dado de la misma manera...— y la invitó a coger un solo taxi. No resultó muy difícil, dado el estado depresivo de la mujer, convencerla para cenar juntos. Pero se equivocó rotundamente, cuando, ya en los postres, se atrevió a coger amorosamente una de sus manos y manifestarle su deseo de llegar a un conocimiento más íntimo. La bofetada resonó en todo el salón y los comensales no acertaron a saber a ciencia cierta qué es lo que había ocurrido. La señora se marchó airada, llorosa, humillada, compungida y decepcionada, y el caballero, acariciándose la mejilla, sólo acertó a balbucir, a manera de excusa personal: “A fin de cuentas, no tenía nada que perder ni que arriesgar... Mañana lo arregla”.

Los justicieros

Habían sucedido cosas terribles en aquel barrio recientemente. Se palpaba la tensión en las calles, en las casas, en los bares y tabernas, en las esquinas. Cinco niñas habían sido violadas en el espacio de ocho meses y en ninguno de los casos se había podido localizar al culpable o culpables. Los jefes de Policía dimitían uno tras otro y el párroco inúltimamente organizaba “novenas”, a las que acudían puntualmente las seis beatas de la comunidad. Todo esto lo ignoraba J.R. Tampoco era de extrañar, porque no leía habitualmente la prensa, no oía la radio ni veía la televisión. Él solamente hablaba con el Señor. Al menos eso contaba a quien se detenía a escucharle. En esto también se equivocaba J.R., porque si se detenían los conductores era por culpa del semáforo en rojo. Él aprovechaba para acercarse a las ventanillas —estuvieran abiertas o cerradas—y ofrecerles una flor a cambio de “una limosna, voluntaria por supuesto, para las ...”. Habitualmente, no era necesario que prosiguiera con su pequeño discurso. Los coches arrancaban veloces en cuanto veían el semáforo en verde. Alguno llegó a darle una moneda, pero otros le insultaban y ponían en duda su virilidad —su voz era suave— y le insultaban con una palabra que empieza por “ma”. Harto de la incomprensión de los conductores — el jefe de su comunidad le había asignado ese tipo de personas en exclusiva—, pensó que sería mejor llevar a cabo su apostolado en la periferia. La gente humilde es más comprensiva y generosa, pensó.

Atardecía, e inmerso en estos pensamientos se topó en la solitaria y un tanto oscura callejuela con una preciosa niña rubia con tirabuzones. Conmovido por la inocencia de sus inocentes ojos, la paró, le hizo unas cariñosas preguntas, le acarició la mejilla y le regaló una rosa de su cesto de mimbres. La niña nerviosa, no se sabe por qué razón, chilló y él trató de calmarla. De una taberna próxima se asomaron unos clientes. De las ventanas unas vecinas. “¡Es él!”, gritó una de ellas sin

fundamento. Minutos más tarde, el cesto de rosas yacía en el suelo... al igual que su dueño, que perdió el conocimiento. En lamentable estado lo encontró la Policía. En el "parte" se hablaba de una agresión sufrida por J.R. a cargo de unos desconocidos. Pérdida de un ojo, rotura de la pelvis, asimismo de varias costillas, cuero cabelludo arrancado, hematomas por doquier, casi toda la dentadura destrozada, al igual que el tímpano derecho, tres dedos de la mano derecha, varias mordeduras, labio partido. De todos modos, había tenido suerte, porque dio la casualidad de que una pareja de agentes del orden público pasaba por allí y los agresores tuvieron que irse...

Masaje cervical

Le dolía el cuello, la espalda, y un amigo, con la mejor intención del mundo, le recomendó acudiera a un masajista profesional, porque, evidentemente, notaría un gran alivio con el tratamiento. Le dio una dirección, pero la desechó porque caía muy lejos de su centro de trabajo. Comprobó en un diario que tenía una dirección mucho más cercana y consiguió un permiso de una hora, a media mañana, de su jefe. La dirección consultada le condujo a un moderno edificio, con un portal lujoso y numerosos ascensores. Tanto lujo en los detalles empezó a preocuparle por las tarifas que le pedirían, pero ya era tarde para volverse atrás porque nada más repicar el timbre le abrió una amable señorita que le hizo pasar al interior con la mejor de las sonrisas.

La sala resultaba acogedora, íntima, coqueta. La recepcionista hizo caso omiso de su tarjeta de visita —es más, mostró cierto asombro ante su conducta— y le preguntó qué tipo de masaje quería: “total” o “parcial”.

La alternativa le dejó un tanto perplejo. A ciencia cierta —le confesó a la asombrada señorita— no sabía qué era lo que más le convenía. No era hombre de muchos recursos, pero la salud, para él, era lo más importante. “¿Hacían un precio especial por treinta sesiones, por ejemplo?”. La señorita, confusa, le instó a que aguardara un momento porque tenía que consultarlo. Volvió minutos más tarde acompañada de una gruesa señora que le examinó atentamente, con mirada cauta. Le contó, con muchos detalles, el proceso de su dolencia. “Artrosis cervical”, le habían dicho. “No tiene cura, pero se puede aliviar”. Y por eso estaba allí. La señora asentía. La recepcionista, visiblemente azorada, se abotonó apresuradamente la bata. Le hicieron pasar a una salita que no tenía más que una mesa —camilla como todo mobiliario—. En la habitación contigua se oían risitas contenidas. Se quitó la camisa y, ciertamente, se llevó una pequeña desilusión cuando vio que entraba la

señora gruesa, muy dispuesta, con unos frascos y una toalla. Ciertamente, hubiese preferido ser atendido por la bella recepcionista. La sesión de masajes a manos de aquella robusta matrona no habría de olvidarla en la vida. Daba la impresión de que la señora pretendía que no volviera nunca más por allí. “Desde luego —pensó—, así pocos clientes iban a tener...”. Ahogó un “¡ay!”, y cuando terminó la sesión sintió un gran alivio. La señora gruesa jadeaba trabajosamente. Se llevó una gran sorpresa al escuchar la respuesta que recibió al inquirir por el importe de la sesión. “Dígale a su jefe que aquí somos todas muy honradas. Y que estamos diplomadas...”. Le extrañó que su jefe, modélico jefe de sección, tuviera aquellas amistades. ¿No se habría equivocado de “jefe”? ¿Por quién le habrían tomado? De todos modos, cuando llegó a la entidad bancaria donde prestaba sus servicios desde hacía veintidós años, se apresuró a transmitir a su jefe el extraño recado. Este no daba crédito a lo que oía. Le mandó repetir el mensaje tres veces. Luego contó los pormenores de su visita. Tuvo que hablar con otro jefe más inmediato. A continuación, con el jefe de relaciones sociales. Los compañeros intuyeron que algo grave sucedía... Le abrieron expediente. Seguía sin entender nada de todo aquello. Los compañeros, al pasar junto a él, le guiñaban un ojo. Su mujer prorrumpió en un llanto silencioso cuando se lo contó. “Un degenerado, eso es lo que eres, un degenerado...”, le dijo. Y él, sólo acertar que no era culpa suya, que podía considerarse un mal congénito. O quizás contraído en tantos años sentado en la mesa del banco. La mujer arreció en sus sollozos. Se calló y se fue a acostar. Sintió que el cuello ya no le molestaba y pensó que, pese a todo, al día siguiente acudiría a una nueva sesión. ¿Qué mal había en ello?.

Vacaciones en familia

Se oían tantas cosas, cuando llegaba el verano y las vacaciones, en torno a los ancianos abandonados por sus familiares en la gran ciudad!. Le impresionó el caso de un padre “olvidado” por su hijo en una gasolinera. Ella, afortunadamente, no tenía nada que temer al respecto. Su hijo la quería, la nuera también, así como los nietos. Cierto es que jamás le hablaban, la ignoraban, pero la querían. De ello estaba segura. Cuando llegaron las vacaciones de agosto, como todos los años, la animaron a hacer la maleta, mejor dicho, sus maletas, porque le gustaba llevar siempre toda su ropa consigo. La nuera, solícita, la ayudó. Todos parecían estar muy contentos. El viaje era muy largo y, como siempre, su hijo quería aprovechar al máximo sus vacaciones, partiendo un viernes al atardecer. Como era ya costumbre establecida en años anteriores, cerrada la noche, pararon en una especie de motel para dormir y proseguir muy temprano al día siguiente. Se repartieron en tres habitaciones. A la abuela le asignaron un dormitorio para ella sola. Por la mañana no hizo falta que nadie la despertara. Se lavó, se vistió, se peinó y bajó al salón, para desayunar con los suyos. Había mucha gente y no los vió. Alguien la invitó a tomar asiento en una mesa. Cinco ancianas de su edad la saludaron calmadamente con un gesto de la cabeza.

Le llamó la atención el atuendo de la camarera, que sin dirigirle la palabra, le puso en la mesa, ante ella, una taza de café con leche y unas galletas. Volvió a examinarla. Hubiera jurado que se trataba de una religiosa con atuendo. Desayunó un tanto inquieta, dada la tardanza de su familia, y se dirigió a recepción. Allí, por fortuna, le informaron de todo. Su hijo, nuera y los nietos no habían dormido allí. Prefirieron continuar el viaje. Todas sus maletas las habían dejado, sin embargo, a buen recaudo. Tampoco tenía que preocuparse del pago de su estancia. Estaba todo acordado. Sintió una terrible decepción, una honda amargura. También a ella la habían dejado, en aquella residencia de

ancianos, a muchos kilómetros de distancia de su residencia habitual, mientras ellos transcurrían sus vacaciones en la playa. “No es eso, le dijo la hermana religiosa con dulzura. No ha comprendido bien. Vendrán en Navidades a saludarla”.

Una boda

Esperaba con contenido nerviosismo el día de su boda. Es natural, pensarán. Todos los novios y las novias suelen ponerse muy nerviosos, días antes, semanas antes, meses antes... El novio en cuestión se puso nervioso exactamente sesenta días antes de la fecha de la ceremonia nupcial. Pero supo sobreponerse a su estado de ánimo y prepararlo todo, junto a su prometida, de manera perfecta. Las proclamas, la fecha y la hora en la iglesia, las invitaciones a familiares y amigos, los padrinos, las flores, el restaurante para el ágape posterior, las arras, los billetes de avión, el hotel en las Islas... todo estaba ya previsto, encargado y anotado. Sólo faltaba esperar a que llegara el ansiado día... y llegó. Espléndida estaba la novia, elegante el padrino y la madrina, floreado el templo y radiantes los numerosos invitados. Y en el momento emocionante en que el sacerdote, dirigiéndose a los contrayentes, en el silencio del templo —sólo interrumpido por el lloriqueo de un niño contumaz que, presto, fue enviado al exterior, con su azorada madre—, formuló al novio la ya tristemente célebre y famosa cuestión: “¿Quiere por esposa a...?” (Omito el nombre y apellidos de ella por discreción), éste, tranquilo, sereno, con un dominio exagerado quizás de la situación, respondió: “No”. Ante el estupor general, el asombro y la sorpresa, el sacerdote, creyendo que se encontraba ante una broma de mal gusto, motivada por alguna apuesta secreta de “despedida de soltero”, volvió a formular la cuestión. Nueva negativa; pero esta vez con una aclaración precisa, contundente y asombrosa. “En realidad, Padre, esta mujer — señaló con su dedo índice a su prometida— debería casarse con ese señor, amigo mío hasta ahora, que está ahí abajo con esa señora que es su mujer. Ellos lo saben bien. Yo lo supe hace dos meses y esperé este momento...” La prometida rompió en llanto, ante la estupefacción general. El novio, sin inmutarse, prosiguió: “Queridos amigos: no habrá boda, pero no quiero aguaros la fiesta. En el restaurante que ya conocéis por la invitación, os espero para celebrar la decisión más importante de

mi vida, que ha sido no casarme. Perdonadme ahora..., gracias". Y se retiró.

Primera comunión

Teresina se mostraba muy nerviosa y era natural. Todos los niños experimentan lo mismo, días antes, cuando van a hacer su Primera Comunión. Y llegó el día, y a la niña la vistieron de blanco, como si fuera una novia. Radiante estaba Teresina y su madre, y sus abuelos, y sus tíos y demás parientes por parte de madre. Todos juntos, en varios coches, se dirigieron a la iglesia parroquial. La ceremonia resultó muy emotiva, el fotógrafo hizo las fotos de rigor y luego se fueron todos a casa, para celebrar el hermoso día en torno a una copiosa mesa donde no faltó el espumoso. Casi todos los niños, al final de la jornada, suelen sentir una enorme pena cuando se desprenden del traje de su Primera Comunión. El día feliz ha terminado. Pero Teresina fue a la cama, feliz, rendida y contenta. Sabía que el domingo siguiente celebraría su Primera, mejor dicho, Segunda Comunión, con su padre, sus abuelos, sus tíos y demás parientes por parte de padre. En otra iglesia, con otro sacerdote, pero siempre con seres queridos. Y volvería a repetir el almuerzo en casa de su padre, con sus abuelos... Y volvería a recibir muchos regalos. Le preocupaba solamente una cosa: ¿Se repetirían los regalos? ¿Su padre y su madre se habrían puesto de acuerdo? ¿Sus abuelos habrían hablado antes? ¿Y los tíos? ¿Y los padrinos? La madrina era hermana de su madre y el padrino hermano de su padre. Desde cuando sus padres se habían separado, jamás supo si se hablaban entre ellos. La verdad es que tampoco le había importado mucho. Y llegó el día tan esperado. Y de nuevo volvió a comulgar, por vez segunda, con el mismo traje de la primera vez y sus zapatos blancos. Y de nuevo cortó en casa de su padre la tarta. Y todos aplaudieron. Cuando el lunes regresó al colegio y contó a sus compañeros y compañeras de clase lo de su segunda comunión, todos sintieron envidia de Teresina. Y muchos niños, al volver a casa de sus padres, se sintieron frustrados al verles juntos viendo la televisión, sin hablarse casi siempre... De todos modos, era lo mejor que podían hacer,

porque cuando abrían boca era para iniciar una de sus habituales discusiones, interminables y desagradables. Y más de un amiguito de Teresina envidió a ésta y deseó fervientemente que sus padres se separaran de una vez por todas... Para algunos era la primera cosa que le pedían a Dios.

La residencia

Ciertamente la Residencia para ancianos resultaba muy atractiva en su presencia física. Un edificio moderno, en las afueras de la ciudad, en la parte más sana y aireada, rodeado de árboles y jardines, con su piscina olímpica —que a decir verdad solamente utilizaban las enfermeras—, un agradable comedor, sana comida, cuidados médicos... En resumen: la Residencia contradecía toda una leyenda negra forjada por “unos cuantos” desaprensivos de los medios de comunicación, afirmaba su director muy ufano y orgulloso. Pero cuando los hijos, hijas, yernos, nueras, nietos, nietas, sobrinos de ambos sexos y algunos amigos de los allí residentes se acercaban para visitarlos, se percataban de que la mayoría no se sentía nada feliz.

Pronto supieron por qué: la Dirección había decidido que todos los televisores emplazados en los salones de recreo y en la cafetería fuesen apagados a las doce de la noche. Hubo protestas generalizadas, porque casi todos los canales de televisión ofrecen películas que nunca terminan para la media noche. Y se quedaban sin saber “cómo terminaba aquello”. Los parientes y amigos escuchaban pacientemente las quejas de los internados. Uno de ellos, conmovido o posiblemente harto de tanto oír la misma queja cada domingo, decidió introducir subrepticamente un televisor portátil, para que su madre pudiera ver los filmes enteros en la habitación. La madre invitó a dos amigas. Estas a otras dos y una noche, la enfermera sorprendió a dieciséis ancianos de ambos sexos contemplando un filme muy interesante a las doce y media de la noche. Arreciaron las protestas. Las visitas optaron por contar el final de las películas a los residentes. Pero como muchos no habían visto la película de turno porque habían salido a cenar o bailar o simplemente a tomar unas copas, decidieron inventarse los finales. Y luego, en la Residencia, los ancianos y ancianas discutían acaloradamente, porque cada cual contaba un final distinto. “¡Pues es así —aseguraba uno—,

porque mi hijo me lo ha contado...! ¡Y mi hijo no miente...!.

Lecciones en vídeo

Cuando la niña de siete años llegó a casa, a sus padres no les hizo mucha gracia lo que contó. A partir del próximo lunes, la profesora había anunciado que les mostraría un videocassette con unas lecciones prácticas sobre la vida sexual de los animales y de los seres humanos. El padre, particularmente, no tenía ningún inconveniente en lo de los bichos, pero que su hija pudiera ver a una pareja “en acción”, le asustaba. La madre, más práctica, se puso en contacto rápidamente por teléfono con otras madres en idéntica situación. Todas estaban preocupadas, molestas y susceptibles. Decidieron reunirse en casa de una de ellas el sábado por la tarde, y de dicha reunión salió nombrada una comisión de cinco madres, que se personaron en el colegio el lunes a primera hora. La Dirección, muy comprensiva con el asunto expuesto por la comisión, accedió a la petición. Antes de exhibir las cintas pedagógicas en clase, podrían contemplarlas y sopesarlas los padres de los alumnos. La noticia corrió como un reguero de pólvora por la ciudad, casi siempre tranquila. El martes por la noche, el salón de actos estaba totalmente abarrotado de padres de familia. Se apagaron las luces y tras una previa presentación de la profesora —que en opinión muy particular de algunos padres era una mujer atractiva y sensual— comenzó el visionado de las tres primeras lecciones. Al llegar a un primer descanso, todos los asistentes estaban conformes con la teoría expuesta. En la segunda parte se visionaron otros tres capítulos, dedicados a los seres humanos, a la procreación, al coito, a las diversas posturas, etcétera. Resulta ahora muy difícil narrar lo que ocurrió entre los asistentes. Habría que remitirse a los comentarios posteriores en cada uno de los hogares, o lo que es peor: a los hechos que se sucedieron y repitieron en más de una casa. Algunos matrimonios, presos de gran excitación en la sala y aprovechando la oscuridad, cometieron actos irresponsables y ofensivos para quienes se sentaban a su lado. Hubo parejas que se besaron con fruición, con pasión, recordando tiempos pasados, de

novios. Y en las alcobas, algunas “imágenes” fueron testigos de unos actos que jamás los implicados hubieran soñado con poner en práctica días antes... Las lecciones, de todos modos, fueron prohibidas.

La duda

Cuando murió su marido, allí estuvieron sus hijos, yernos y nueras, rodeándola solícitos. Tras los funerales, en la casa que prácticamente les había visto nacer —en el caso de las dos hijas había sido testigo de las sendas pedidas de mano— le habían dicho: “No te preocupes, madre, nos tienes a tu lado. Vivirás con nosotros”. Y bien que lo cumplieron. Vendieron el inmueble, se repartieron el importe de la venta y decidieron que cada mes, uno de los hijos o hijas tendría a la madre en su casa respectiva. La viuda lo aceptó sin rechistar porque la casa donde había compartido tantas alegrías y tristezas con su marido ya no le decía nada. Es más ... le producía una inmensa tristeza. Durante los dos primeros años de su nueva existencia todo parecía ir sobre ruedas. Eran cuatro hogares distintos y en los cuatro se sentía bien recibida. Le querían los dos hijos, las dos hijas, los dos yernos y las dos nueras. Incluso los nietos la adoraban. Pero dicen que el tiempo y la convivencia todo lo destruyen. Y con el paso del tiempo y de los años, los traslados mensuales de la anciana viuda comenzaron a resultar un calvario para todos... menos para ella. ¿Fueron primero las nueras o los yernos?. No lo sabremos a ciencia cierta. Pero por esta parentela un tanto forzada y postiza comenzaron los primeros enfrentamientos. “¿Por qué nos tenemos que quedar con ella en agosto?”, se preguntaba una. “¿Por qué se mete en lo que no la llaman?”, se preguntaba el yerno, harto de oír los reproches de lo poco que atendía a los nietos y de lo permisivo que resultaba su comportamiento. Los traslados se convirtieron en auténtico calvario. Cada familia vivía la felicidad de tres meses y el cuarto “era la cruz”. Resultaba cruel pensarlo, pero el hecho es que la anciana gozaba, con sus ochenta años de una salud de hierro. ¿Cuánto tardaría Dios en acogerla en su seno? ¿Cinco años, diez, quince...?. Un día se reunió la familia en consejo y decidieron terminar con aquello. Dado que era inhumano ingresarla en una residencia y ella además se negaba, lo mejor era que se decidiera por la casa de uno de ellos. Si no lo hacía,

harían un sorteo secreto. La anciana, planteada la cuestión, se echó a llorar, exclamando: “Ya sé que si elijo a uno, los otros tres me van a odiar... Me niego”.

Atasco

Tenían muy poco que decirse. Era una pareja sentimentalmente acabada. Pero seguían juntos, porque tenían dos hijos, un chalé en las afueras, un coche último modelo... y se necesitaban. Cada uno en su trabajo, se veían solamente a la ida y al regreso del trabajo. Para ahorrar gasolina habían decidido emplear un solo coche. Él la dejaba en una esquina estratégica y por la noche, en el mismo punto, la volvía a recoger. Se pasaban encerrados en el coche horas y horas, sin dirigirse la palabra, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos, si es que pensaban en algo. Él fumaba pitillo tras pitillo y de vez en cuando hacía alguna alusión a los problemas del tráfico, a la mala educación de los otros conductores y a la desidia del Gobierno en el plan de modernización de carreteras. Ella parecía absorta en sus cosas. Mecánicamente ponía la radio y si no le apetecía lo que escuchaban terminaba colocando alguna "cassette" de sus preferidos. Canciones de otros tiempos, tiempos de su juventud marchita y olvidada. "L'amore e una colomba...". "Partirá, la nave partirá, dove arrivera, questo non si sà...". Había sido siempre una romántica empedernida, sin cura. Su marido jamás había tenido nada de romántico. También le gustaban los tangos: "Caminito que un día muy juntos nos viste pasar...". Aquella noche, cuando regresaban, como de habitual, en el coche, al enchufar la radio una locutora leía una carta anónima en un consultorio sentimental. Él hizo el gesto de cambiar de onda. "¡Déjalo!", dijo ella. No sabía de qué se trataba, pero respetó su decisión. La locutora leía una carta, banal, estúpida, cursi, de una de tantas radioyentes. "Mi vida no tiene sentido y, algunas veces, pienso que no sé por qué sigo. Quizá por mis hijos... De no ser así, pienso que me mataría. Bueno, también me imagino que podría encontrar otro hombre e irme con él al fin del mundo, a Honolulu, a Tahití... Quiero vivir, ser feliz, que el agua del mar inunde mi ser...". El marido, llegado a este punto, cortó la emisión. "¡Qué tonterías hay que oír!", dijo por todo comentario. "¡Qué loca!". "¡Vuelve a ponerlo!", dijo con

tono airado la mujer, “¡Esa loca soy yo...!”.

Viajes ilusionados

Eran un matrimonio feliz. Puede muy bien decirse que lo eran. No tenían hijos, pero Dios les había dado la oportunidad de que sus respectivas madres vivieran —la una con ochenta y cinco años y la otra con noventa y dos—. Y lo que es más importante: ambas gozaban de buena salud. El matrimonio trabajaba y se habían organizado a la perfección. El marido, los lunes, miércoles y viernes, abandonaba la oficina y se dirigía a casa de su madre para almorzar con ella. Los martes, jueves y sábados hacía lo propio con su madre política, es decir, en una palabra, la suegra. Su mujer hacía lo mismo con su madre y suegra, pero en alternancia distinta de días obviamente. ¿Podían pedir algo más en la vida? Ciertamente, hubieran deseado que la madre de ella pudiera ver. Por otra parte, la madre de él, con el transcurrir de los años, sufría un proceso de esclerotización. La asistenta doméstica, es más, juraba que no se enteraba de nada, que “estaba ida”... No era cierta tal cosa. Sabía cuándo le tocaba venir al hijo o a la nuera. Y, sobre todo, esperaba ansiosamente los domingos, porque ese día el matrimonio recogía con el coche a las dos ancianas y se las llevaban de excursión, de viaje “por ahí”... Un día les propuse una solución que siempre me la están agradeciendo... Muy de mañana, recogen a las dos ancianitas de sus respectivos domicilios. Ella o él, o los dos, dicen con voz cantarina: “¿Qué os parece? ¡Nos vamos a Toledo!”. Y cada domingo se inventaban una ciudad española distinta. La cuestión era dar unas vueltas por la ciudad, sin tráfico, y al cabo de una hora, conducir las a un restaurante distinto. “¿Dónde estamos?”, preguntaba la ciega. “En La Coruña”, terciaba la hija comiendo mariscos. Y las dos se sentían felices y lo comentaban luego, al día siguiente, por teléfono con sus amigas. Un día, los cuatro tuvieron el capricho de almorzar en un restaurante chino. “¿Dónde estamos?”, preguntó la esclerótica. “En Pekín”, contestó el hijo, masticando cerdo agridulce. Al día siguiente, las amigas comentaban entre sí que las consuegras eran unas mentirosas...

El golpe

Había cenado copiosamente en un restaurante italiano con unos amigos y aunque vivía lejos, decidí —tras despedirme de todos y para despejarme un poco— continuar andando un buen rato. Era ya madrugada. De repente, empezó a lloviznar y decidí tomar antes de tiempo el taxi. No resultó tarea fácil. En la confluencia de dos concurridas calles divisé una luz verde. Un semáforo impidió que se acercara. “¡Taxi!”, exclamé nervioso e impaciente por la ya prolongada espera. El semáforo en rojo me impedía atravesar la calle y montar en él. De repente, una pareja de jóvenes pretendió arrebatármelo. Confiaba en que el taxista me hubiera visto, pero la luz seguía “verde”. La pareja, nerviosa, no aguantó a que el semáforo se abriera. Se lanzaron a la busca y captura de aquel taxi. No miraron a su derecha. Lo que voy a contar me sobrecogió: un veloz coche, quizá a noventa por hora, embistió al joven de tal manera que el muchacho voló por los aires, como un muñeco de trapo, un pingajo, describiendo un amplio semicírculo y cayendo de cabeza sobre el parachoques de un coche mal aparcado. Los gritos desgarradores de su compañera inundaron la calle. Los escasísimos testigos del atropello corrimos hacia la víctima. El coche se dio a la fuga. Minutos más tarde llegó la Policía. El joven sangraba por la boca y de una herida en la cabeza. Poco después llegó una ambulancia. La Policía tomaba notas mientras cada uno daba su particular versión de los hechos. Media hora más tarde todo el mundo se había ido. Yo me resistía a hacerlo. “¿Vivirá?”, pregunté a los dos policías. Se encogieron de hombros. Realmente, tampoco ellos sabían nada más que yo. Y, además, supuse que estaban habituados a estos lances. Me alejaba del lugar cabizbajo, cuando de repente me topé con un zapato de hombre, negro, lustroso, al que, al parecer, nadie había prestado atención. Lo recogí con mimo. ¿Sería de la víctima, del joven accidentado? Volví donde los policías y mostré el zapato. No parecieron emocionarse. Ni se inmutaron. Me lo cogieron por cortesía, con cierto

asco. Luego, en la cama, sin poder conciliar el sueño, me pasé la noche preguntándome dónde estaría el otro zapato...

La juerga

Serían más o menos las tres de la mañana. Ellos, es decir, el numeroso grupo mixto, no tenían ni remota idea de la hora. El encargado del local, sí. Tenía ganas de irse a casa y no aguantar a aquellos clientes tan pelmas. Habían cenado, bebido, bailado hasta la saciedad. Por culpa de una de las chicas, dos estuvieron a punto de llegar a las manos. Tras muchos forcejeos la sangre no había llegado al río. Pero se habían escuchado palabras soeces, vulgares, imprecaciones y hasta alguna blasfemia. Son los nuevos tiempos, se lamentaba el encargado, con la factura de los gastos en un platillo. Se la mostró a uno de los hombres del grupo, el que parecía más sereno de todos. Al ver la factura en el platillo y tomarla en sus manos con gesto dubitativo, sólo acertó a decir con palabras entrecortadas: “¡Anda, la dolorosa...!”. Y lo dejó en el platillo. El encargado tocó ligeramente a otro compañero que besaba apasionadamente a una amiga, presumiblemente. Contrariado, al cabo de unos segundos se volvió. Al observar el platillo, se rió, su amiga también, y siguieron besándose, estrechamente abrazados. El encargado sabía cómo iba a terminar aquello. Siempre sucede lo mismo. En invierno, en Benidorm, la policía tiene escaso trabajo comparado con la temporada veraniega. Años atrás no ocurrían estas cosas, pensaba el encargado. Cuando llegó una pareja y fue informada de lo que ocurría, fueron todos conminados a presentar su documentación. “O pagan o se vienen con nosotros...”, advirtió uno de ellos. Al parecer nadie tenía mucho dinero.

Salieron a relucir los DNI. Eran todos de la misma generación, no había duda alguna. Ochenta y cinco años, setenta y cuatro, sesenta y siete, y todos por el estilo. Una señora, orgullosa, les dijo: “Tengo ochenta y cinco, ¿verdad que no los aparento?”. El guardia anotó cuidadosamente los nombres y apellidos, así como dirección y localidad. Mañana sabía que vendrían los hijos y los nietos a pagar los gastos y a

hacerse cargo de los respectivos padres y abuelos. “¡Parecéis niños! — les gritarán el hijo o el nieto— ¿No os da vergüenza?”. Y seguramente que alguien dirá: “¡No!”, con desesperación.

Agencia matrimonial

Estaba decidido firmemente a contraer matrimonio. Quizá era tarde. Pero se miraba en el espejo, tras afeitarse cuidadosamente, y se decía que para sus cuarenta y cinco años se conservaba bastante bien. Algunas amigas hasta le encontraban atractivo y seguramente que se hubieran casado con él, de habérselo propuesto. Pero él quería otra cosa. Le asfixiaba el ambiente provinciano y burgués que se respiraba en la ciudad. Se conocía todo. Sus amigos habían contraído matrimonio y él, cuidando a su anciana madre, de la que había heredado una tienda de géneros de confección, no se había percatado de que su existencia se le escapaba de las manos y que no había conocido todavía el amor de su vida. Ahora, su madre había muerto. Era cliente de varias agencias matrimoniales con sede en Madrid, las cuales se ocupaban de enviarle, regularmente, una relación de posibles contactos. Eran agencias de absoluta seriedad y moralidad, pero al parecer no tenían lo que él precisaba. Una mujer agraciada, soltera —nada de separadas con hijos, viudas o divorciadas...—, que estuviera dispuesta a compartir la vida en común. Un día le llamó la atención un reportaje aparecido en la televisión. Al parecer, existían modernas agencias que exhibían, con discreción garantizada, vídeos con las presuntas y posibles compañeras para toda la vida. La cuota era cara, pero se animó. Experimentó una gran emoción cuando recibió una remesa de vídeos. Le llamó poderosamente la atención la quinta candidata. Lo reunía todo y además tenía una cara atractiva y un hablar suave, discreto, elegante, entrañable. Pensó que aquella, podía ser la mujer de su vida. Llamó a la agencia y la misma se encargó de montar una entrevista “confidencial y sin compromiso alguno”. Se fue a Madrid. El día señalado, a las ocho de la tarde, esperó en la cafetería convenida, blandiendo ostentosamente la revista elegida, y la vio entrar... Tímida, dulce, como en el vídeo. Le reconoció y se acercó a él cojeando visiblemente.

El submarinista

Su gran pasión era la pesca submarina, pero le era difícil practicar tal deporte viviendo como vivía en la capital. Su mes de vacaciones en una tranquila playa mediterránea lo empleaba en practicar su pasión favorita, mientras su mujer e hijos trataban de entretenerse de cualquier manera. Odiaba la pasión de su marido, odio que fue en aumento el día que le planteó unas vacaciones en Cuba. Le habían hablado de Cayo Largo y quería bucear allí, en aquel lugar paradisíaco. La esposa no puso especial énfasis en el viaje, porque se imaginaba más o menos lo que le aguardaba. No se equivocó. Un lugar maravilloso, solitario..., pero tremendamente aburrido. Los primeros días le acompañaba en el barquito alquilado hasta los puntos elegidos para bucear. Se mareaba un poco y decidió quedarse en la playa, esperando el regreso del barquito y de los animosos buceadores, entre los que se encontraba su marido.

Transcurridos los quince días y de vuelta nuevamente al hogar, aquella mujer se transformó radicalmente. Había un fulgor en sus ojos, un brillo especial, una ansiedad que al miope de su marido parecía escapársele. Y un día surgió la gran sorpresa. Quería volver a Cuba, a Cayo Largo, pero sola. El marido no salía de su estupor. La mujer, ebria de amor y pasión, tuvo que confesarle la verdad, casi toda la verdad. Durante sus zambullidas había conocido a un simpático y amable cubano y se había descubierto una “mujer nueva”. Recalcó lo de “nueva” y el marido, mudo por la sorpresa, no quiso o no se atrevió a profundizar en las indagaciones. Temía lo peor. Toda la familia experimentó una gran conmoción ante la noticia de la partida de la mujer, que dejó a las dos niñas con el marido. Si la despedida en el aeropuerto resultó violenta, el regreso quedó lleno de interrogantes para el resto de sus vidas. Ella no contó nada y él no preguntó nada. La primera noche —es decir, la primera noche tras el regreso del solitario viaje—, ella le pidió tajantemente: “¡No me toques!”. La explosión de ira del submarinista no

se hizo esperar. “¿Qué tenía el cubano que no tuviera él?”. La mujer no respondía. Callaba ensimismada. “No te preocupes —le dijo finalmente— no volveré nunca más. Lo peor ya ha pasado. Perdóname...” Y lo dijo con tal dulzura, serenidad y franqueza, que el marido calló, calló para siempre. Pero, desde aquel día, en las vacaciones cuando se zambullía, fuera donde fuera, volvía discretamente a ras de la superficie y con un pequeño periscopio de fabricación casera observaba los gestos, ademanes y actitudes de su mujer, que atendía a las niñas y leía un libro, sin más interés por la vida.

El timo de la lotería

Vivía muy cerca de la glorieta de Atocha y tenía por costumbre, desde que la jubilaron, dar una vuelta por la misma, para ver tranquilamente el trajín de la gente, de los coches. Aquel domingo tórrido de julio no lo olvidará jamás. Se disponía a abandonar la glorieta, camino de su casa, cuando de repente un individuo, mejor dicho, un señor, porque iba muy bien trajeado, la abordó. Creo que resulta innecesario contar los pormenores de su charla, porque desgraciadamente en la prensa suelen contar casos como éste. El señor en cuestión salía por la tarde camino de Caracas, en avión, y tenía en la mano un décimo de lotería. Al parecer le habían correspondido tres millones de pesetas. Le urgía cobrar el dinero en efectivo y todas las administraciones de lotería, así como los bancos, estaban cerrados dado que era domingo. Estaba dispuesto a entregar el décimo a una persona que por lo menos le pudiera dar la mitad del premio, tras la oportuna verificación. La anciana escuchaba en silencio, pero los ojos le brillaban. Se avino a ir a una administración de lotería que exhibía en su escaparate los números premiados en la fecha indicada en el décimo. Era cierto, le habían correspondido tres millones. Se acercó un señor bien trajeado y pronto se metió en la conversación. Parecía decidido a hacerle el favor al viajero. Se pusieron de acuerdo los donantes. Cada uno aportaría medio millón, y al cobrar el décimo, se quedarían con dos por la gestión. Al viajero le pareció poco dinero, pero terminó accediendo. Se le notaba que tenía prisa y estaba nervioso. Fue a su casa la anciana, sacó un fajo de billetes del colchón y entregó su medio millón. El otro donante le entregó un cheque al portador. Al día siguiente, la anciana se dirigió con el décimo a la administración de loterías. En la puerta le esperaba el otro donante, como habían convenido. Cobraron el décimo más tarde en el banco y se repartieron los tres millones. Cuando la anciana contó lo sucedido a sus amigos y en la vecindad, fue duramente recriminada por su comportamiento abusivo e inmoral. La llamaron desde entonces “la

Timadora”.

La asistente social

Lo digo de todo corazón: jamás hubiera supuesto que un servicio municipal pudiera funcionar con tanta eficacia. Explicaré mi caso en dos palabras: mi madre, una anciana de ochenta y cinco años, vive conmigo — desde que se quedó viuda hace quince años— en mi piso de soltero. Desde que ocurriera aquella desgracia, mi vida cambió radicalmente, porque surgió una responsabilidad, la cual jamás había imaginado que se me habría de presentar... pero se presentó. Mi madre necesitaba afecto, y yo le daba afecto; mi madre necesitaba compañía... pero yo eso no podía proporcionársela. Mi trabajo me obliga a transcurrir fuera de casa diez horas y hasta doce... Y a mi regreso, allí está mi madre, muda, con un reproche en cada uno de sus ojos. Pasados varios años, decidí poner fin a esta tensa situación. Requerí los servicios del Departamento de Madres Abandonadas y Solteras Arrepentidas, dependiente a su vez del Organismo Autónomo de la Comunidad para Relaciones Humanas en Primer Grado. Tras varias solicitudes y cinco entrevistas personales, acordaron finalmente que una asistente social visitara diariamente a mi madre.

No supe nada de la misma hasta meses después. Eso sí, mi madre fue cambiando paulatina y radicalmente día a día. Se la veía feliz. Supe cuál era el secreto de la desconocida asistente social. La escuchaba pacientemente. Mi madre la invitaba a merendar y le contó la historia de la guerra civil española en episodios de tres horas de duración, sin anuncios publicitarios en los intermedios. Un día, llegué a casa más pronto que de costumbre y me topé de bruces con la asistente social, que en aquel momento se estaba despidiendo de mi madre. Era una agradable y atractiva mujer, de dulce rostro, moreno, de perfiles suaves y hablar tranquilo. Debo reconocerlo: me quedé prendado de ella. Casi instintivamente hice lo posible para verla en feliz coincidencia todos los días. Y de esa relación fue surgiendo una bella amistad que el tiempo se

encargó de transformar en amor sincero. Mi madre lo ignoraba todo, pues yo jamás subía a casa. A las ocho siempre la esperaba en el portal y como un hábito, la acompañaba hasta el metro. Un día la invité a tomar una copa, en otra ocasión cenamos juntos... Y una noche de luna llena, me declaré: “¿Quieres casarte conmigo?”, le dije en la boca del metro de Aluche, pues esa noche, decidido a todo, monté en el suburbano con ella. Me respondió afirmativamente, mirándome con ojos enternecidos, pero añadió: “De acuerdo, cariño, pero ¿qué haremos con tu madre? ¡Yo no la soporto...!”.

¿Qué será del “gaviota”?

Había concertado una entrevista en unas oficinas comerciales ubicadas muy cerca de la plaza de la Independencia.

La cita era a las nueve de la mañana. Precavido, tomé un taxi una hora antes y por un hecho, a todas luces inexplicable, llegué frente a la Puerta de Alcalá con media hora de anticipación. Abandonado a mi destino por el taxista, me topé con las grandes puertas de hierro, abiertas de par en par, del Retiro. Un extraño impulso me empujó hacia el interior. Había muy pocas personas, y casi todas pasaban corriendo — haciendo ejercicio quizás— o temerosas de llegar tarde al trabajo la mayoría. Cuando llegué al estanque observé que ... “No sé cómo contarlo, de verdad...”, comentaba horas más tarde a mis compañeros, durante ese almuerzo presuroso que la hora de asueto laboral nos impone a una gran mayoría. “El estanque estaba quieto, silencioso, las barcas atracadas, un jardinero barría muy cerca la tierra, el sol despuntaba y arriba un avión con retraso habitual había trazado un surco blanco en el cielo. De repente, una gaviota, ¿una gaviota?, me pregunté a mi mismo y preguntaba a los demás... ¿Es posible que fuera una gaviota?”. No nos pusimos de acuerdo. “Bueno, sigue, da lo mismo”, me dijeron. “Quería decirles que esa ave, de repente, remontó el vuelo, en medio del estanque, lenta, pausadamente, rozando con sus patas la tersa superficie, rompiendo la calma en ondas y yo miraba absorto su vuelo hasta perderse en el horizonte... En aquel momento, pensé que la vida, tal como la vivimos, no merece la pena, y que la gaviota o lo que sea, era feliz y yo no podía seguirla. Minutos más tarde, estaba en medio del caótico tráfico, esquivando los coches”. Terminé el relato y un compañero, rompiendo el silencio que mi ridícula historia había, al parecer, provocado, exclamó: “Mañana iré a ver el Retiro antes de entrar al trabajo”. Debió cumplir su promesa, porque lo cierto es que jamás volvió a trabajar. “¿Qué será del gaviota?”, solemos preguntarnos alguna

vez durante el almuerzo de una hora de asueto laboral, con un menú que siempre se repite, invariablemente de lunes a viernes. Por lo tanto, mañana martes, ya sé lo que almorzaremos...

En el metro

Ciertamente no había muchos pasajeros y casi todos parecían dormitar en sus asientos. Serían las diez de la noche y casi todos regresábamos a nuestros hogares, cansados y quizás derrotados por la brega diaria. En la siguiente parada, las puertas del convoy del metro nocturno acogieron solamente a un pasajero en el vagón en que nos encontrábamos. Nadie le prestó atención. Arrancó el convoy y empezó su letanía, una letanía bien conocida desgraciadamente... “Señoras y señores, perdonen la molestia...”. Nadie se inmutó. Nadie se fijó en él. Porque de voz masculina se trataba en esta ocasión. Y la voz proseguía: “Soy un padre de familia, tengo seis hijos, tengo trabajo y...”. Llegado a este momento del discurso, nos volvimos a mirarle. Era un señor de buen aspecto, bien trajeado, con gafas, de unos cincuenta años, de modales finos, y con un sombrero en la mano, blandido a manera de bandeja petitoria. Ahora le escuchábamos con curiosidad e inusitada atención. “Tengo trabajo, repito, gano lo suficiente para mantener a mi familia y creo que es justo que lo que me sobre lo reparta entre aquellos que lo necesiten. Voy a proceder a repartir...”. Y empezó a avanzar desde el final del vagón. Nadie daba crédito a lo que había oído. Y menos a lo que empezó a hacer. De su sombrero, extraía billetes de mil pesetas y los iba ofreciendo a los pasajeros. El primero de ellos lo rechazó. El segundo dudó un momento, y luego lo aceptó. El tercero hizo lo propio pero empezó a observar el billete a contraluz. ¿Era falso, era una propaganda original? ¿Cuál era la trampa? ¿Dónde estaba el truco? Para cuando quisimos reaccionar, el metro se había detenido y el caballero despedido. Nos miramos y guardamos con escepticismo el billete de mil pesetas. Hubo un pasajero que lo arrojó al suelo. Minutos más tarde lo recogió con cierto nerviosismo. Al día siguiente sucedió lo mismo, y al siguiente... Al cabo de una semana, al parecer se había corrido la voz y el vagón estaba repleto de gente. El caballero no fallaba noche alguna. Hasta que un día aparecieron unos agentes de Policía

que le pidieron la documentación. Les mostró el DNI y les ofreció sendos billetes de mil pesetas con una sonrisa. Se lo llevaron, al parecer por fallida corrupción de agentes policiales. Lo decía al día siguiente la prensa. Y enterada toda la ciudad del hecho, pronto cundió el ejemplo. Surgieron firmas patrocinadoras que enviaban agentes donantes por docenas. Era una cuestión de imagen. Hasta que la dirección del Metro decidió tomar cartas en el asunto. Colocó en lugares bien visibles, unos rótulos que decían: “Prohibida la filantropía”.

Artrosis y masajes

Lo achacaba a la postura adoptada en su mesa de trabajo y a su vida sedentaria... El hecho es que siempre le dolía el cuello, la espalda y las cervicales. Esto último lo sabía hoy el doctor que le atendió fugazmente en la consulta de la Seguridad Social. La cosa, al parecer, no tenía remedio ni solución. Solamente podría encontrar alivio practicando la natación, relajándose, caminando al aire libre... y con los masajes. ¡Ah, los famosos masajes de los que siempre estaban hablando sus compañeros de oficina a todas horas, entre bromas y risas! Él nunca les prestó atención. Pero ahora su salud le preocupaba. Se interesó por los masajes, y un compañero, solícito y sonriente, le mostró un periódico con decenas de masajistas ofreciendo sus servicios. Jamás hubiera supuesto que existieran tantos afectados por la artrosis. De otra manera, se decía, no se justificaría tanta oferta de masajistas. Probó con uno de los teléfonos reseñados en la sección de anuncios y una solícita voz femenina le informó del horario: de cuatro de la tarde a dos de la madrugada. Le pareció una exageración el horario nocturno. Quiso saber el importe de antemano, pero la voz femenina le dijo: “Eso lo aclararemos aquí, cariño”. Le molestó un poco la confianza que se tomaba aquella voz anónima, pero no le dio mayor importancia. Tomó nota de la dirección y al día siguiente se presentó. La enfermera que abrió la puerta de la consulta era muy atractiva. Él le explicó el motivo de la visita, el lugar exacto de las molestias y ella no pareció inmutarse. Le condujo a una salita, blanca, como un quirófano, con su mesa camilla donde le hizo tenderse, boca abajo, tras aconsejarle que se desnudara de cintura para arriba. Se quitó la chaqueta, la camisa y la camiseta, esta última prenda con cierto embarazo. La señorita le preguntó: “¿Servicio normal?”. “Normal”, respondió él. Y durante media hora aquella experta mujer hizo maravillas con los músculos de su cuello, con su espalda. No parecía fatigarse ni abrió la boca. Entregada por completo a su labor, concentrada en su labor, afanosa, hierática, profesional ciento por ciento.

Al finalizar la sesión, el paciente se sintió tremendamente aliviado, relajado, satisfecho, feliz. Y la cantidad que la experta masajista le pidió tampoco le pareció ninguna exageración. Le prometió volver otro día. Ella le acompañó hasta la puerta amable y solícita. “Hasta cuando usted quiera”, le dijo como despedida. Y cuando el paciente comenzó a descender las escaleras, la masajista tuvo un impulso irresistible y asomándose a la barandilla de la planta, acertó a decir al cliente que se iba contento y feliz: “Oiga, señor, perdone la curiosidad pero me gustaría saber una cosa: ¿es usted policía?”. Respondió con un no rotundo con la mano, casi sin pararse en su descenso. En el portal, se detuvo a solas con sus pensamientos y se preguntó: ¿Los policías tendrían descuento? Pero no le pareció oportuno dar más vueltas a la cuestión.

RELATOS EN PRIMERA PERSONA

Un amor imposible

Llevo mucho tiempo despertándome temprano. ¿Una frase trivial? Posiblemente. Pero con algo muy parecido arrancó Marcel Proust su larguísima novela —siete tomos, siete— “A la búsqueda del tiempo perdido” y nadie se lo ha recriminado. (No es de extrañar tampoco que los editores de su época le rechazaran el enorme manuscrito). Cualquier ruido me desvela en la madrugada. Vivo solo y estas cosas las valoran más, las comprenden mejor quienes viven en soledad. Temo que golpeen mi puerta y no sea precisamente el lechero. No tengo un lechero que me traiga los botellines a casa, como le ocurría, al parecer, a Winston Churchill. De no haber sido así, no hubiera proferido su famosa frase, una de tantas de las tuyas, que siempre suenan a epitafio. De todos modos, he llegado a un momento en mi vida en que ya nada me importa. Marcel, ¿tú me entiendes, verdad? Cuando escribiste aquello, al principio tan confuso para mí, —”...comprendí que morir no era algo nuevo, sino que, al contrario, desde mi infancia había muerto ya muchas veces”— bien sabías lo que decías. Esta cita es tuya, Marcel, y pertenece a tu novela, que intenté traducir al euskera en un momento de desesperación. Un editor me había dicho: “Si lo están haciendo los catalanes en su idioma, lo haremos también los vascos”. De todos modos, creo que ignoraba que la Caixa subvencionaba la operación. Pero me puse manos a la obra, Marcel. Entonces empecé a conocerte. “Mucho tiempo llevo acostándome temprano”. Pensé que, como frase, era una tontería. “¿Qué me importa a mí que se acueste temprano este imbécil?”, me dije. Pero me puse manos a la obra. “Aspaldidanik oso goiz cheratu naiz”. Ya había traducido cinco palabras y sabía que todavía me quedaban un millón doscientas noventa y nueve mil novecientas noventa y cuatro, que para algo se pasó el inglés George D. Painter media vida contando el texto original.

Fue en aquel momento cuando el editor volvió a llamarme, dubitativo, serio y preocupado. “¿Qué le puede importar a un vasco Marcel Proust?”, inquirió. Reconozco que mi respuesta no resultó muy convincente. “Su ama de llaves, Celeste Albaret, cuando murió el señorito, entró a prestar servicio, pagado por el Estado francés, en la casa—museo de Maurice Ravel, que era de San Juan de Luz, vasco por lo tanto, a pesar de que compusiera boleros”. No le había convencido, por supuesto.

“Piense usted en algo con más garra y mientras piensa, suspenda la traducción”.

Y lo dejé...

Pasaron los años y un día, acompañado de mi amigo el fotógrafo, me vi obligado a trasladarme a las costas francesas de Normandía, para hablar de vacas, praderas, queso, sidra y especialmente del desembarco aliado de 1944, en uno de sus anuales aniversarios conmemorativos. La guía que nos asignaron, nos indicó, en cierto momento, displicentemente: “A la derecha, Cabourg”. El coche seguía su marcha impertérrito. “¿Ha dicho Cabourg, el pueblo donde veraneaba Proust?”. Asintió con la cabeza sin dejar de conducir. “Pare, por favor”. Estaba harto de tantas “playas del desembarco” y Proust me seguía llegando al alma, a pesar de mi fallida traducción.

Cuando me encontraba en el paseo marítimo, frente al “Gran Hotel” que frecuentó, recordé aquella frase suya “...la muchacha que llevaba un sombrero de punto muy encasquetado iba muy preocupada con la conversación de sus compañeras y yo me pregunté si es que me había visto cuando se posó en mí el negro rayo que de su mirar salía...”. Media vida se puede dar por una frase como esta. Dado que era un contumaz pederasta, seguramente que se trataba de “muchachos en flor”.

Emocionado, totalmente emocionado, la guía y el fotógrafo a duras penas consiguieron introducirme de nuevo en el coche. Me esperaba otra playa del desembarco, la última la de Dieppe. Enfrente, siempre, Inglaterra, de donde partieron los “desembarcadores”. Para romper el hielo, supongo, la guía nos dijo que una vez, hacía unos diez años, vio las rocas blancas de Dover. Era verano, había mucho sol y reverberaban. Me callé. Cuando llegamos a Dieppe, no pude contenerme ante el maravilloso espectáculo del Canal de la Mancha en todo su esplendor y le pregunté: “¿Cree usted que Oscar Wilde llegaría a ver las costas de su patria?”. “¿Quién?”. “Oscar Wilde” le repetí. “Estuvo aquí, vivió muy cerca de aquí, en Berneval”, le aclaré. Ante mi insistencia, la guía nos condujo en coche a Berneval, a escasos kilómetros de Dieppe. En el camino, el fotógrafo le aclaraba en susurro a la guía que yo era un honrado padre de familia y que lo de Proust y Wilde era una simple coincidencia de admiraciones literarias estrictas. En Berneval hay un sendero que discurre en pronunciada pendiente hasta la misma orilla del mar. Las olas golpean fuerte y producen extraños rumores. Wilde pensaba, como Eurípides, que “el mar lava todas las manchas y las heridas del mundo”, aunque luego cambió de idea y de hotel, pues no podía dormir, con tanto ruido de oleaje. “¿Llegarían a ver los ojos castrados de Wilde las costas de su amada patria?”. “¿Castré?”, exclamó asombrada la guía, con los ojos grandes como platos. Le conté que Ramón Gómez de la Serna, en un maravilloso prólogo —creo en los prólogos, deciden muchas pasiones literarias, algunas no correspondidas— se limita a decir, al hablar de Wilde en Berneval: “Se agarra a las paredes, vacío, porque ha sido vilmente operado en la cárcel”. ¿Qué le hicieron en la cárcel de Reading, mientras escribía su famosa balada, que lleva el nombre de la cárcel inglesa? ¿Le remitieron a la categoría de eunuco? La balada comienza diciendo: “Ya no tenía su guerrera escarlata...”, para concluir con esta dramática apelación: “¡Y todos matan lo que aman, oíganlo todos; unos lo hacen con una mirada de odio, otros con palabras acariciadoras; el cobarde

con un beso; el hombre valiente con una espada!”.

Fue entonces, aquella misma noche, en un hotel de Dieppe, insomne por el oleaje —¿serían las mismas olas que impidieron conciliar el sueño, a Oscar?— cuando llegué a pensar, a convenir, a imaginar que dos hombres, como Marcel Proust y Oscar Wilde, unidos por tantas aficiones, por tantos gustos, creadores de obras tan maravillosas, pederastas impenitentes, veraneantes normandos —uno por convicción, el otro por obligado destierro— pudieron muy bien haber intimado... Murieron los dos en París, sus cadáveres yacen muy cerca el uno del otro en el cementerio del Padre Lachaise —donde también vela sus sueños, por supuesto cantando, Edith Piaff— y llegaron a conocerse, según Painter. Fue en abril de 1894. Cenaron en casa de Madame Armand de Caillavet. Días más tarde, Oscar visitó la casa de Marcel, en el número nueve del Boulevard Malesherbes y al parecer, comentó a sus amigos: “Creo que la educación del señor Wilde deja mucho que desear”. ¿Por qué dijo esto? ¿Qué lo motivó? ¿Se llegó a insinuar Wilde a Proust? ¿Cedió éste? Y si cedió,... ¿Pudo Oscar ponerse nervioso? Se me ocurre pensar y lo diré de una vez por todas: se pudo producir el orgasmo más importante del siglo XX, el más genial de todos, el más esotérico, culto,preciado, brillante, poético, imaginativo, sensual, de todos los que la humanidad haya podido provocar y producir en pareja. El choque de dos culturas —una inglesa, la otra francesa— en el escenario sin par de París. Y este pensamiento, esta intuición, me empujó a concebir un gran reportaje en exclusiva, titulado “Un orgasmo imposible”, que conmovería a la opinión pública, incluido el editor vasco. También suponía que los herederos de Proust y Wilde me amenazarían seriamente con la cárcel. Asustado, cambié el título y lo dejé en “Un amor imposible”. En veinte folios contaba la historia de amor más maravillosa del mundo.

Decidí coger rápidamente un avión en París, abandonando a su suerte

al fotógrafo. Preferí enviar con su mensajero el material, para que el director de la publicación no se sintiera presionado con mi presencia. Él mismo, al leer aquello, se percataría de su importancia.

Todo lo que ocurrió posteriormente me resulta confuso, muy difícil de explicar. No creo que estas líneas las puedan leer sin enmiendas ni tachaduras. Me aseguran que la censura es muy férrea, aunque nadie ha sabido aclararme qué es lo que ocurre con las faltas de ortografía. Algún día, señor director, ajustaremos cuentas. Se lo advertí cuando me internaron. Fueron a buscarme a casa, muy temprano —yo ya me había despertado—llamaron suavemente con los nudillos en la puerta. “¿Quién es?”, dije. “El lechero”, me respondió una voz agradable. Abrí sin más dilación, agradablemente sorprendido. Realmente, no se trataba de un lechero, sino de dos. Vestían todo de blanco y no me asombré, porque me consta que por medidas higiénicas —hice un reportaje en una fábrica de productos lácteos— se ven obligados a hacerlo. Me sorprendió que me ordenaran preparar un maletín con lo más necesario, ya que “estaría fuera una temporada”. Para cuando quise reaccionar, ya me habían metido en una ambulancia. Horas más tarde supe que me habían trasladado a un sanatorio psiquiátrico, que algunos se empeñan en llamar todavía “manicomios”.

El rincón de los separados

Me gustaría algún día escribir una bella historia de amor. Pero me resulta a todas luces imposible, por razón de oficio. Lo mío, mi especialidad, es el desamor. El Diccionario de la Lengua Española lo define como “falta de correspondencia al afecto de uno”. Soy especialista en desamores. ¿Por carácter?. ¿Por experiencias vividas o sufridas?. Nada de eso. Por razones profesionales, simplemente. Coordino y me responsabilizo, en un diario de gran tirada, de una sección que lleva por título: “El rincón de los separados”. Obtiene un éxito rotundo. No la inventé yo, ni tan siquiera mi redactor-jefe o mi director. Fue el Departamento de Marketing y Promociones Publicitarias. Habían pensado, en un principio, crear una sección dedicada a la llamada “Tercera Edad”. Pero llegaron a la conclusión de que los ancianos no compran nada, no consumen nada, se dedican a ahorrar para el día de mañana, por lo que pueda suceder. Por el contrario, hay una legión de separados y divorciados en todo el mundo que creen tener, realmente por lo menos, “media vida” por delante. Viajan, se relacionan entre sí, consumen, se renuevan y cambian de imagen, se intercambian regalos, como esos novios primerizos... Creando una sección dedicada a ellos, a sus problemas, a sus relaciones, acudiría la publicidad. Dicho y hecho. El director me confió la sección, sin ningún aumento de sueldo, pero me permitió utilizar un pseudónimo.

Los comienzos, debo confesar, que me resultaron difíciles. No llegaban cartas y me tenía que inventar la pregunta y la respuesta. Recuerdo que me planteaba una carta escrita por una supuesta lectora casada que no soportaba las veleidades de su marido y se planteaba la separación. Daba una respuesta admirable en todos los sentidos, y lo digo sin rubor, porque la reproduce de una novela de Marcel Proust, ese escritor francés tan exquisito que todo el mundo cita y nadie lee: “No hay celosos cuyos celos no admita ciertas derogaciones —respondía

tomando al pie de la letra un párrafo del tomo “La Prisionera”—. Tal, consiente en ser engañado a condición de que se lo digan; tal otro, a condición de que se lo oculten, con lo cual uno no es menos absurdo que el otro, puesto que si el segundo es más verdaderamente engañado en la disimulación de la verdad, el primero reclama en esa verdad el alimento, la extensión y la renovación de sus sufrimientos”. La respuesta provocó una avalancha de respuestas reales de lectores y lectoras que creían reconocerse en alguna de las dos categorías. Pronto me fui dando cuenta de que la gente no quiere respuestas concretas...

Un lector, en su carta, se mostraba indignado y furioso porque su mujer se había fugado con un taxista —más tarde hablaré de nuevo de este curioso gremio— y me preguntaba si debería destruir las fotografías de sus diez años de matrimonio. Me limité a responderle con otra frase del inefable Proust: “Recordar una determinada imagen no es sino echar de menos un determinado instante”. No se qué entendería, pero al cabo de unos meses, me escribió informándome que se había pasado días y días recortando la efigie y la silueta de su mujer de toda la colección de fotos, incluso la “oficial” de la boda.

Al cabo de un año, había agotado todo el repertorio y refranero “proustiano” y tuve que dedicarme a otros autores.

Llevo cinco años al frente de la sección y tengo material suficiente como para editar un libro con lo más interesante. Me lo he planteado varias veces, pero tengo muy serias dudas al respecto. ¿Por qué?. ¿Para qué?. ¿Qué alegría puede proporcionar la lectura de historias de desamor, de historias de fracasos, traiciones, engaños y miserias humanas?. ¿Con qué criterio debería seleccionar las miles de cartas archivadas?. ¿Las más bonitas, las mejor escritas, las más románticas?.

No hay nada más patético que una “carta romántica”. ¿Quién no ha escrito alguna vez una carta de este tipo y años más tarde se ha

avergonzado de su contenido?.

Poseo, también, cartas cómicas, grotescas, crueles, tristes... Jamás olvidaré la misiva de una señora casada, madrileña por cierto, que, tras varios años de fidelidad matrimonial, vivió su primera aventura, su primer adulterio — ¡Qué mal suena!— con un señor que conoció en un supermercado, en la sección “Congelados”. Tras varias citas secretas en la susodicha sección — supongo que el marido durante meses se alimentó de mucho pescado—, él terminó invitándola a un apartamento “tranquilo y coqueto” que, luego supo, era alquilado por horas, ya que también él estaba casado. Acudió, turbada y nerviosa, a la cita y vivieron exactamente “hora y media de pasión”. Transcurrido ese espacio de tiempo, unos nudillos golpearon discretamente en la puerta. Ante tanta prisa, él se justificó alegando que una hora y media era más que suficiente para culminar dos orgasmos, “siempre que se dieran prisa”. “Así me ahorraría media hora, ¿entiendes?”. La señora confesaba en su carta que, cuando regresó a su casa, volvió a querer a su marido. Pero me preguntaba: “¿Debo contarle lo sucedido?. Le conozco, querrá saber el precio de la hora...”. El director censuró esta misiva. Pero esta carta me reafirma en la idea de que muchos maridos no se enteran de nada. Creen que sus engaños y traiciones no son conocidos por sus mujeres. Se equivocan. Deberían desconfiar absolutamente de los taxistas. Lo decía antes y lo repito. El peligro radica, especialmente, en los taxistas de servicio nocturno. Son fáciles víctimas de mujeres “presas del delirio”, que son capaces de llamar tranquilamente desde su casa al servicio de radiotaxis y preguntar: “¿Está libre el 141?”. Y si ese taxi, con ese número, estuviera libre y cercano, tengan la completa seguridad de que bajará la bandera indefinidamente...

Conservo, también, una carta patética y desesperada de un lector, aragonés para más señas, cuya mujer le había abandonado tras casi veinticinco años de matrimonio y había tenido que apresurarse para

notificar al cura que les casó que dejara la ejemplar homilía, que con tanto cariño estaba preparando para el cercano acontecimiento, para otra ocasión. Confesaba en su carta que todavía conservaba una agenda de ella, abandonada por descuido en la apresurada huída, que decía un 23 de septiembre: “Le quiero muchísimo. Si algún día me deja, me muero”. Ahora, el que quiere morir es él, me confiesa en su misiva. Han pasado muchos meses desde su recepción, no tenía remite y no juzgué oportuno publicarla. ¿Se habrá matado?, me suelo preguntar a menudo.

La vida, he llegado a esta conclusión, se rige por el desamor. El amor es el preámbulo de algo que, inevitablemente, se extingue con el tiempo, solamente con el tiempo y no con la distancia, como dice una canción. Porque, además, la distancia mitifica la relación amorosa, la idealiza. Ese mundo de ficción creado por la literatura, el cine, la televisión, el teatro, tiende casi siempre a hacernos creer que el amor perdura siempre entre dos seres que se quieren. Tras la palabra “Fin”, empieza la auténtica aventura del Amor. Algún día, las productoras cinematográficas se darán cuenta de que el desamor es un filón inagotable de argumentos. Y es que todo el mundo tiende a ignorar la incapacidad de los seres humanos para mantener viva “la llama del amor”. Perdonen la frase, pero es el estilo que utilizo en mi sección. Escribió Cesare Zavattini, aquel gran guionista italiano de las películas de Vittorio de Sica, una propuesta razonable para no temer a la Muerte. Sugería a Dios que pudiéramos conocer la fecha exacta del advenimiento, de tal manera que, sabiéndolo, nos fuéramos familiarizando con la misma. Sucedería que, al verse en la calle dos amigos, se dirían: “Yo me moriré el 4 de marzo de 1999. ¿Y Tú?”. “El 8 de mayo del mismo mes...”. “¡Qué pena, por un poco casi nos vamos juntos...!”. Y se despedirían tan contentos. ¿Se imaginan si los enamorados supieran de antemano la duración exacta de su amor, de su pasión compartida?. Consultarían el calendario y comentarían: “Dentro de dos meses y cinco días dejaremos de

querernos...” Y se abrazarían tiernamente, ante la ya inminente ruptura. De esta manera, no habría engaños y traiciones. Sería una cuestión de espera.

Realmente, la verdadera vida empieza donde precisamente novelas, películas y seriales televisivos terminan. Millones de seres son capaces de contemplar, absortos y emocionados, a través de 357 episodios, las vicisitudes de una pareja de enamorados, hasta que un día se casan, por fin. Respiran tranquilos, porque creen que el Amor ha triunfado. Mentira. Mañana, es decir, dos años después quizás, es posible que se dirigieran a mi sección, si fueran seres reales. Cuando la heroína, que personificaba Ingrid Bergman, y su insoportable marido toman el último avión de Casablanca, todos los espectadores apuestan por su felicidad, incluidos Bogart y Claude Rains, perdidos en la niebla. Mentira. El avión aterrizará, la aventura de sus vidas concluirá y lo cotidiano invadirá cruelmente su común existencia, que tiene siempre un horario, con una hora para almorzar. ¿Y por qué esa pareja de héroes habría de escaparse de la trampa mortal que es la vulgaridad de la existencia?. Los hay que lo intentan, sin esperar mis consejos que, debo reconocer, tardan en publicarse dado el volumen de correspondencia que se acumula. Recientemente, me contaba el dueño de una importante librería especializada en libros de viajes, guías y cartografía que un cliente muy nervioso le solicitó que le mostrara un lugar muy alejado y tranquilo en los Mares del Sur. Le recomendó la isla de Rangiroa, en la Polinesia francesa. Y allí se fue, abandonando a su mujer e hijos, como Gauguin. Ha transcurrido más de un año y solamente ha recibido una postal, que dice: “Gracias. Soy feliz”.

Los caminos de la felicidad son infinitos, pero no todos conducen a los Mares del Sur. El “héroe” de Manuel Vázquez Montalbán, “Stuart Pedrell”, hace creer que ha huído a esos Mares y luego se descubre que no se había movido de Barcelona. Y es que no hace falta huir a la

Polinesia. Eso les digo a mis lectores: se puede ser feliz en Hospitalet, siempre que el Amor no obstaculice este deseo.

En la maravillosa isla de Bora-Bora, muy cercana a Rangiroa, me topé en un viaje con un vasco que se había casado con una tahitiana. Tenían una hija llamada Ahinoa, nombre que le permitió congraciarse con sus suegros tahitianos y sus padres, al mismo tiempo. Me confesó, una noche, que no era feliz y que las tahitianas son insoportables, despóticas y autoritarias. Todo un mito destruido al atardecer...

Jamás olvidaré la carta de una mujer que, cosa increíble, la envió a mi nombre real y auténtico. Era una carta desesperada. Tras veinte años de matrimonio, él había planteado la separación. No la soportaba, al parecer. Estaba harto. No habían tenido hijos y ella solamente se dedicaba a las tareas del hogar. Reconocía que no tenía cultura ni estudios y, fuera de las tareas de la casa, no sabía hacer nada más. El piso que compartían era alquilado y ella no hubiera podido abonar el alquiler en ningún caso. Habían vivido siempre al día, aunque bastante bien. Había alquilado una habitación con derecho a cocina y pretendía trabajar como asistenta por horas. No tenía "referencias" y le resultaba muy difícil encontrar trabajo. Tuvo una idea desesperada. Llamó a su ex-marido y se ofreció como asistenta por horas. Éste aceptó el ofrecimiento porque, tras quedarse solo, también le estaba resultando difícil topar con una. Convinieron en las horas y en el precio de la hora. Lo plantearon de tal manera que no tenían porqué verse en ningún momento.

Ella acudía en las horas en que él estaba trabajando. De todos modos, aquella situación tampoco resolvió el problema a la autora de la carta. Seguía viviendo con muchas estrecheces, pero observaba con amargura la cómoda y holgada situación de su ex-marido. Algunas veces, recogía de la cama que habían compartido tantos años, prendas íntimas femeninas. Obviamente, su vida amorosa debía ser muy intensa y

variada. Supo un día, por el conserje, que por la que había sido su casa desfilaban muchas prostitutas de alto nivel. Y, un día, acuciada por la necesidad, volvió a llamar a su ex-marido para plantearle un nuevo servicio —más allá de la limpieza— , íntimo, amoroso, que pudiera redondear sus ingresos. A su marido, la idea le pareció descabellada, pero terminó accediendo. Solamente le planteó una condición: “¿Cuánto me vas a cobrar?. No olvides que siempre fuiste muy inocente en cuestiones sexuales...”. Y si esta historia pudieran creer que es pura ficción, se equivocan. Conozco a los personajes que la vivieron. Ella es mi mujer y ese hombre soy yo. Y en la carta susodicha —se me olvidaba — terminaba preguntándome, a mí, precisamente a mí, naturalmente, cuánto debería cobrarme. Jamás obtuvo respuesta.

Ropa vieja

Siempre había sido un caballero, imagen y figura por las que ciertamente pagaba un alto precio. El día que su mujer le dijo “Ya no te quiero”, no se inmutó, preparó dos maletas y se fue a un hotel. Un mes más tarde le notificaba la dirección del apartamento alquilado para que le enviara “sus cosas”. Debió quedar muy aliviada con el envío de dos mil quinientos libros, trescientos discos de pasta dura y cinco grabados espantosos. Nada que objetar. Todo resultó muy civilizado. Como no habían tenido hijos en sus quince años de matrimonio, suprimieron una partición que siempre resulta desagradable y ha sido fuente de inspiración de muchísimos films, series televisivas, folletones y folletines. Pero quedaba la asistenta, Benigna, “Beni” en familia, que llevaba con ellos desde el día siguiente de su regreso del viaje de bodas a Palma. Era como de la familia y derramó abundantes lágrimas cuando supo que se separaban irremisiblemente. No se decidió por ninguno de los dos. Quería seguir con la pareja y la solución fue salomónica: asistiría a los dos, iría a las dos casas. La pareja no objetó nada, porque Benigna había resultado imprescindible en la buena marcha del hogar común y ahora los dos la necesitaban más que nunca, ya que ambos trabajaban, duro por cierto, toda la jornada y pocas atenciones podían prestar a sus respectivos hogares.

Todo el mundo sabe que los primeros meses de una separación resultan traumáticos generalmente. Por muy civilizada que sea una separación queda siempre un poso de tristeza, amargura, melancolía, depresión, fracaso... que, en algunos casos, se alivia con el recuerdo de una situación insoportable a todas luces. Pero raramente se suele dar un alivio común. En este caso, la aliviada resultó ser ella. Él corrió con la amargura, tristeza, depresión, etc... Transcurrieron los meses, los años y la vida continuó. Todo ser humano se repone de cualquier situación desesperada y dolorosa, porque así es, afortunadamente, la condición

humana respecto al tiempo. Gracias al paso del Tiempo, sobrevivimos muchas veces. Pero en este caso, pronto se descubrió que, por lo que a él respecta, nada había sido olvidado. Marcel Proust hablaba del “tiempo recobrado” y de la “memoria involuntaria” y para muchos “la magdalena” es el ejemplo más simple y claro de su teoría. Nunca sabré por qué nadie, sin embargo, recuerda la losa de Venecia y el salpicón. Y en nuestro protagonista, esa “memoria involuntaria” pronto le iba a hundir de nuevo en la más absoluta de las miserias humanas.

He de entrar, forzosamente, en otro momento de la historia, de la banal historia, y para ello he de apelar a los recursos de un lenguaje más —¿Cómo diría?— sensiblero. Me temo que es la palabra exacta. Aquel hombre, que creyó haber olvidado todo un pasado, cayó en una estúpida trampa de recuerdos y nostalgias, que solamente un espíritu morboso, sí, he escrito morboso con todas sus consecuencias, podía provocar y desatar.

Jamás había reparado en los trajines de Benigna cuando venía a su casa, proveniente siempre de la de su ex-mujer. Ignoraba que, desde hacía unas semanas, portaba unas grandes bolsas que algunas veces dejaba en el cuarto trastero, para volver a llevárselas a su casa cuando más le conviniera. Un fin de semana, griposo y convaleciente, aburrido y deprimido, reparó en una de aquellas bolsas. Imaginó lo que podrían contener. La palpó. Evidentemente, se trataba de ropa. No pudo reprimir su curiosidad y la abrió. En fin de cuentas, podía perfectamente volverla a cerrar, sin mayores consecuencias. Se equivocaba. Ignoraba lo que habría de provocar en sus sentimientos aquella ropa vieja que, obviamente, su ex-mujer había preferido regalar a la asistenta antes de arrojarla a la basura.

Y es que el inventario inusual de aquellas prendas le indujo a rememorar toda una vida, a dibujar en su mente la figura de una mujer que había amado y querido con pasión. El despertar de los sentidos le

llevó a oler con violencia aquellas prendas, las había íntimas, en un acto desesperado del perro fiel que ha perdido a su amo y cree revivirlo olfateando las prendas que utilizara. Gesto ahora gratuito, porque los detergentes causan su efecto en los tejidos y los dejan inermes, muertos, sin alma. Pero, tras el gesto vano de la percepción de los olores desvanecidos para siempre en la materia textil, lo visual comenzó a trabajar al galope. Cada prenda que extraía le evocaba una secuencia de una existencia en común, que durante muchos años supuso compartir una supuesta felicidad un tanto difícil de definir, como todas las felicidades terrenales.

La diversidad de estilos, hechuras, colores y formatos de las prendas le hizo llegar pronto a la conclusión de que no había llevado a cabo selección alguna, pensando en la figura, presencia y exigencias de Benigna. Había sido arrojado todo a la gran bolsa en un acto de cancelación del pasado, a través de los objetos más definitorios de nuestra manera de ser: la vestimenta. Hacía años que no había visto a su mujer. Trataba de recordar sus rasgos, su perfil, su fisonomía, sus gestos, su tono de voz, su manera de andar... Todo se estaba difuminando en la mente. Era —quizás— lo mejor que podría haber ocurrido. Pero, de repente, esta ropa vieja, aceleradamente, cruelmente, reconstruía, recomponía la figura del ser que quiso con toda su alma años atrás. Y le estaba haciendo daño, mucho daño. En sus manos, colgada de sus manos, estaba ahora aquella falda estrecha y corta que años atrás dejaban entrever unas rodillas redondas y bienformadas, que siempre habían constituido la admiración secreta y la atracción impensable de sus afanes eróticos.

Y estaba la blusa blanca húngara con preciosas flores azules bordadas a mano, recuerdo de un viaje a Budapest. Jamás había llegado a ponérsela. Y tampoco la imaginaba exhibida por Benigna. Ciertamente, estas prendas tan costosas como inútiles sólo las utilizan las danzarinas

de los grupos folklóricos cuando se lanzan con frenesí a bailar las interminables czardas de Monti. Cada prenda era un recuerdo. Pero no todas. Algunas delataban uso y adquisición más recientes, posteriores a la separación, aunque también pasadas ya de moda. Extendidas en el aire, colgadas de sus brazos, parecían reclamar la presencia de un cuerpo de mujer. Los escotes generosos de algunas de las prendas le sugerían actitudes asumidas en el acto de su adquisición. ¿Para quién se vestiría ahora?. ¿A quién trataría de seducir?. Eran, obviamente, armas de mujer para una guerra de la que desconocía la identidad del enemigo. Pero ¿Podía hablar de “enemigo”? Realmente no. ¿O es que todavía le importaba?. Se asustó ante esta idea que le asaltaba subrepticamente. Temía que el demonio de los celos, que suponía totalmente destruido, empezara a desencadenarse irracionalmente.

De repente, con gran frenesí, comenzó a introducir todas las prendas que yacían por el suelo, esparcidas y muertas, en el gran bolso de Benigna. No se tomó el trabajo de doblarlas y colocarlas con cierto cuidado y orden. Las aplastaba con rabia, con furor, tratando de concluir cuanto antes. Cuando hubo finalizado, notó un alivio. Como si Aladino hubiera vuelto a su lámpara; como si el diablo hubiera regresado a su mundo tenebroso; como si un cadáver exhumado por orden judicial, hubiera vuelto a su ataúd, tras haber verificado la disección el forense.

Colocado de nuevo el gran bolso en el mismo lugar en que lo había hecho la asistenta, observó, de repente, un papelito doblado, en el suelo. Seguramente se habría caído del bolso al revolverlo. Era un papelito doblado, cuidadosamente doblado. La curiosidad le acuciaba. Había una frase escrita a máquina y sin firma. Quiso aparentar indiferencia y no pudo. Algo se revolvía en su interior cuando leyó aquellas líneas. Presumiblemente algún amigo, algún novio, algún admirador de su ex-mujer se lo habría entregado en algún momento de su nueva existencia de separada y ella lo guardó, lo conservó. Luego, se olvidó de registrar

los bolsillos, antes de regalar la prenda a Benigna. ¿Qué quería decir realmente aquella nota?. ¿Qué significaba?. ¿Qué pretendía obtener con ella?. ¿Cuál habría sido la respuesta de ella?. ¿Habría habido respuesta?. Ciertamente, las cuestiones que se planteaba resultaban de todo punto superfluas, porque aquella mujer ya no significaba nada en su vida. Así lo había creído durante los últimos años. Ahora, aquellas líneas venían a convulsionarlo todo.

La nota decía: “Te quiero. Si me dejas, me mataré”. Al parecer, la frase no parecía haber provocado ninguna reacción en la destinataria. Se alegró. Horas más tarde, en la cama, casi en sueños, recordó que aquella nota la había escrito él.

Alonso Ibarrola